

La Ilustración Artística

AÑO XXIII

BARCELONA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 1.186

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. (París, 1904.)

VIDA CAMPESTRE, CUADRO DE A. BROUILLET

La escena campestre que el celebrado pintor francés Brouillet ha desarrollado en el cuadro que al pie de estas líneas reproducimos, es sana y vivificadora. Los haces de las segadas mieses son el símbolo de la energía creadora de la madre tierra que pródiga provee al sustento de cuantos seres sobre ella viven; el aire purísimo que en el lienzo se transparenta no em-

ponzoña, cual el de las grandes urbes, la sangre del que lo respira; el límpido cielo invita al alma a elevar hacia él sus ojos y a vivir la vida del espíritu; y como compendio de todo ello, el delicioso grupo con que el artista ha querido prestar mayor animación al paisaje parece decirnos que allí, en aquellos campos, aspirando aquel aire y bajo aquel cielo, se encuentran la salud y la robustez físicas, la paz y el contento morales.

Vida campestre es un hermoso himno a la naturaleza; todo

en él es alegre, apacible, y pocos serán los que al contemplarlo no sientan, al par que una emoción dulcísima, la añoranza de aquella tranquila y feliz existencia, y el deseo de trocársela por las preocupaciones, los cuidados, los afanes, las luchas de las ciudades populosas que prematuramente agotan las fuerzas del cuerpo y secan la inteligencia y apenas dejan espacio para que el alma cumpla la misión que por el Hacedor le ha sido impuesta.



VIDA CAMPESTRE, cuadro de A. Brouillet



SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por F. Pardo Bazán. — *Los modernos prerrafaelistas ingleses*. — *El mayor pecado*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *Barcelona retrospectiva*, por Juan Valero de Tornos. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *La Zarzalera*, novela ilustrada (continuación). — *Los salteadores*, por Jessie Pope. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.— *Vida campestre*, cuadro de A. Brouillet. — *Música y Danza*, cuadro de Anning Bell. — *Aleluia*, cuadro de T. C. Gatch. — *Madonna*, cuadro de Jacobo Linton. — *Santa Dorotea y sus hermanas se niegan a adorar a los ídolos*, cuadro de José E. Southall. — *Ibylas y las náyades*, cuadro de J. W. Waterhouse. — *El cortejo de Amor*, cuadro de Byam Shaw. — *Cain*, escultura de Federico Moratilla. — *Guerra ruso-japonesa. El general Kuropatkin y su estado mayor en Liaoyang*. — *Batalla de Liaoyang. Los japoneses asaltando una batería rusa*, dibujo de A. Gough. — *Hermanos de la Caridad*. — *Monjes rusos prestando los servicios de la Cruz Roja en el campo de batalla*, dibujo de F. de Haenen. — El príncipe heredero Guillermo de Prusia y su prometida la duquesa Cecilia de Mecklenburgo-Schwerin. — *Dos comadres*, fotografía de Inés B. Warburg. — Dibujos de Horrell que ilustran el artículo *Los salteadores*. — *Monumento a la Unión Postal Universal*, boceto de Renato Saint-Marceaux.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Lo ven ustedes? Para hacer una cosa..., no hay como querer hacerla. Es probado. Y por si no entienden a qué me refiero, diré que me refiero al gobernador de Madrid, a su campaña para que los teatros se cierren a una hora racional y den las funciones puntualmente a la que de antemano señalan.

Cuando se anunció tal propósito, vaticinaron una serie de tragedias—en substitución de los sainetes—si se llevaba adelante la reforma. Los teatros cerrarían herméticamente sus puertas; sobrevendría la ruina de innumerables familias, el krach de las empresas todas. Era casi una pavorosa cuestión de orden social la que surgía, provocada por el acuerdo y disposiciones de la autoridad. Ignoro los trámites que siguió ese asunto: sin duda mediaron, es la costumbre, urgentes recomendaciones, influencias de todo género, para que «se hiciese tablas» y se desistiese del proyecto. El gobernador se mantuvo en sus trece (hora oficial) y se echó la cuenta de que no se hundiría el mundo porque él pusiese orden en el desquiciamiento de las funciones teatrales. Cuando creíamos que la protesta, a la apertura de la temporada, se acentuaría, resonaría en la prensa más alto, aturdiendo los oídos, he aquí que se abre el primer teatro, el más levantisco, el de los couplets del *Canjejo*, la Zarzuela, y el empresario, en vez de quejarse, muestra la más absoluta conformidad y la mayor satisfacción. «Nos viene de perlas—dice.—Hay una hora en Madrid a la cual, en invierno, todavía no se cena, pero ya no se pasea; una hora que la gente no sabe cómo entretener. Esa hora, de siete a ocho de la tarde, nos compensa los beneficios de la antigua hora calaveresca de las dos de la madrugada. Nuestro público va a variar: nuestro público, antes, era el de los perdedores de tiempo, el de la gente que no sabe cómo matar la noche y convertirla en día; el público de los desocupados, de los disipados, de los galanteadores de coristas y suripantas, de los admiradores de la tiple, de los vejetez alegres a caza de aventuras. Ahora, nuestro público lo formarán honrados lonjistas que cierran temprano su establecimiento; matrimonios que de braceo echan una cana al aire; mamás de familia que cayéndoseles la baba llevan a sus retoños a divertirse, oyendo una funcioncita; sirvientes que despachada la obligación se escapan mientras sus amos están fuera; dependientes de comercio que aprovechan el cambio de las costumbres para no estar vendiendo hasta las nueve, otro mal hábito de Madrid; elementos, en fin, alegres y sanos, que después de asistir a un estreno vuelven a comentarlo al calor de la camilla, en la intimidad de la cena... No perderemos nada; la taquilla no se resentirá; el teatro «de siete a ocho», la función «del vermuth», no tardará en constituir el solaz favorito del pueblo madrileño.» Y la salud, la higiene, el trabajo, la moralidad, ganarán infinito. Así vendrá a ser provechoso este teatro *por horas* que sólo en España existe, y que los extranjeros encuentran tan ingeniosamente ideado.

La cuarta famosa era una institución que parecía inderrotable. Había entrado en las malas costumbres, las verdaderamente arraigadas, y debía achacarsele, en gran parte, el incremento del noctambulismo en la villa y corte, opuesto a la regularidad tempranera que distingue a París, Londres, Roma, el Haya, Amsterdam, Bruselas—las grandes ciudades que conoczo.—En todas ellas hay quien trasnochaba; son los trasnochadores de oficio; pero en Madrid trasnochaba la ciudad, y la excepción era, y continuará acaso siendo mucho tiempo, el recogerse antes de la una. Sí; no hay que pensar que se ha remediado el mal

con el encauzamiento de los teatros, con apagar las candilejas poco después de la media noche; el hábito contraído no se quita tan pronto. Yo tuve un muy querido amigo, Luis Vidart, modelo de trasnochadores, que cuando no tenía, al parecer, más remedio que recogerse a su casa, porque se había cerrado el último café y se había retirado del Círculo el último socio, daba vueltas y vueltas por las calles ó se metía en las iglesias, que abren para la misa de alba. Era una forma de romanticismo que perduraba en el espíritu, por otra parte muy equilibrado y lleno de penetración y cordura, de aquel hombre ilustradísimo, sabio, bueno. Estaba a mal con las sábanas mientras el sol no brillaba en el horizonte.

Atacado de noctambulismo, Madrid no se corregirá en un año ni en dos. Seguirá siendo el pueblo donde nadie se escandaliza del hecho positivamente escandaloso de que un artesano, que ha de mantener a mujer é hijos con su jornal, entretenga la noche, la noche reparadora de las fuerzas, la noche que brinda intimidad en el hogar y sedación en el sueño, en ese detestable copeo, en esos periplos comprensivos de todas las tabernas del barrio, averiguando sin duda en cuál envenenan mejor. Siempre que hay un lance de navaja, una de esas quimeras de origen puramente anormal, que cuestan vidas, llanto, ruina de familias pobres, encontráis el antecedente del copeo. «Fuimos a la taberna del Hilario y tomamos unas copas... De allí pasamos al café de Gumersindo y tomamos otras copas... Luego nos dirigimos al colmado de Manolo y nos sirvieron copas... Anduvimos un poco más, penetramos en el establecimiento de Simeón, y vengan copitas... Y por último, en la casa de comidas del Bonifacio, copeamos hasta el amanecer.»

Si se trata de *echar* una copa... Pero sea de día y en un solo tabernáculo. ¿Qué refinamiento de placer habrá en esto de ir bebiendo en cada esquina, como desbeben los gozquecillos?

La información de *El Imparcial* sobre la vida del obrero en Madrid, extremadamente curiosa, se resiente de la falta de este dato importante: lo que recargan la miseria, muy verdadera, revelada, entre otros síntomas, por el incremento de las casas de empeños, los hábitos de desorden de parte de esa clase, contra los cuales, con sobra de razón, protestan los socialistas.

No cabe que viva, sea el que fuere su salario, el obrero que trasnocha y copea.

Dos defensas tiene el obrero contra la defectuosa organización del trabajo, que deja en manos de intermediarios, en perjuicio de trabajador y cliente, la grosura del beneficio. La primera defensa es la moderación de sus hábitos; la segunda, la cooperación para abaratar los artículos de primera necesidad.

«En Bélgica—dice Vandervelde—los obreros han luchado y se han defendido teniendo por municiones libretas de pan y sacos de patatas.» Significa que el obrero, al proporcionarse medios de resistencia contra la miseria, comestibles baratos y sanos, se pone en condiciones de luchar ventajosamente para adquirir bienestar, capacidad y fuerzas físicas.

La cooperación es la lucha diaria, normal, con la victoria segura. Lo contrario de la huelga, un combate a la desesperada, anormal, en la probabilidad de la derrota.

Es más factible y seguro, por otra parte, abaratar los artículos de primera necesidad, que subir y subir incesantemente los salarios, disminuyendo a la vez las horas de trabajo. Este procedimiento (obsérvese que yo no soy industrial, hablo con desinterés) se me antoja el más propenso a crear conflictos de miseria y de *chomage*. Además, tiene un límite infranqueable. Deben preferirse remedios que están en nuestra mano, a los que dependen de los otros, acaso ni interesados en nuestro favor.

La verdad no suele decirse a los obreros, generalmente se les adula—aunque no son monarcas—y se les salmodia aquello que puede halagarles. Se les trata como a niños, cuando debiera tratarseles como a enfermos, y enfermos cuya curación nos es indispensable a todos.

Preocupados nos tiene también otra cuestión de capital trascendencia: la aplicación de la ley de descanso dominical.

Claro que esta ley afecta esencialmente a las clases laboriosas. Las clases acomodadas, ó no trabajan, ó si trabajan, por excepción, lo hacen en condiciones no regulables mediante ninguna ley.

Me figuro, por ejemplo, que un pintor es sorprendido en domingo tomando un apunte de paisaje. ¿Hay posibilidad de multarle por infracción? Responderá que no trabaja; que se recrea y solaza con el arte y la belleza; y ¿cómo discutirlo?

Hay, no cabe duda, infinidad de excepciones que es preciso admitir, y la ley no está lo bastante mascada, cuando en ella han podido descubrirse contradicciones flagrantes, ocasionadoras de dificultades y obstáculos para su cumplimiento.

Indiscutiblemente, bajo los ataques a la ley del descanso dominical puede esconderse la mala voluntad política; mas no por eso dejan de estar allí las contradicciones, y las anomalías de saltar a cada cláusula.

Yo estoy a mal con la ley, porque si bien hay quien afirma que las manda cerrar, van a quedar abiertas y funcionando las tabernas los domingos, lo cual la hace más perjudicial que útil, convirtiendo el descanso dominical en el triunfo del copeo. No obstante, reconozco buena intención en sus artículos. No soy sospechosa; creo que se ha deseado acertar, pero no se ha acertado. *El Gráfico* escribe una crónica muy divertida, plenamente probatoria de que, según el tenor de la ley, ni los monagos pueden ayudar a misa, ni los *botones* de los Continentales llevar recados, ni las actrices y cantatrices representar y cantar en domingo...

En efecto, las excepciones del descanso dominical—dice terminantemente la ley—no son aplicables a la mujer ni a los menores de diez y ocho años. Sin duda el legislador no se acordaba de los monaguillos y las tiples, pero no deja de resultar prohibida en domingo su labor...

No hay cosa como la ciencia para sacarle a uno de angustiosas dudas. ¿Ustedes suponían, no es cierto, que los japoneses llevaban la mejor parte en la contienda? Así lo creía yo también; pero cátese que viene a mis manos el trabajo de un amigo mío, oficial de caballería, sumamente ilustrado y competente en asuntos militares, donde con copia de argumentos que siento no tener a la vista para reproducirlos, demuestra que el hecho de que un general retroceda ante el enemigo no significa sino que anda para atrás en vez de andar para adelante, y que si Kuropatkin se bate en retirada, es sencillamente que le conviene aceptar la batalla en un terreno más bien que en otro; lo cual no niego, porque no entiendo de estas mecánicas, pero me recuerda una célebre caricatura que ha dado la vuelta a la prensa internacional: el general ruso, huyendo y alabándose de su estrategia, exclama: «Han caído. Así, detrás de mí, los arrastraré hasta San Petersburgo.»

Guardémonos, pues, de llamar retirada ni derrota al movimiento de las tropas rusas. Se trata sencillamente de que aplican a su caso el consejo de Quedo: «Si quieres que los japoneses te sigan, anda tío delante.»

Lo único que pudiera hacer dudar de si es refinada habilidad lo que inspira las maniobras de Kuropatkin, es su apremiante y angustiosa petición de refuerzos.

Los incendios, no cabe duda, escasean desde que la luz eléctrica se ha generalizando tanto; sin embargo, todavía el *lobo rojo*, así le llaman en Rusia, donde el incendio es una plaga nacional, muerde por aquí bastante.

El siniestro de la tienda número 1 de la calle del Clavel, por poco cuesta la vida a su dueño, el inteligente y laborioso D. Manuel Salvy, a quien tuve el gusto de conocer desde el punto de vista fotográfico. Con la particularidad de que las fotografías de Salvy se diferenciaban de las demás fotografías de aficionados en que llegaban a pasar al papel.

¿No habéis notado que rara vez las fotografías que hace un aficionado llegan a vuestro conocimiento, y más rara vez podéis conseguir la posesión de una copia?

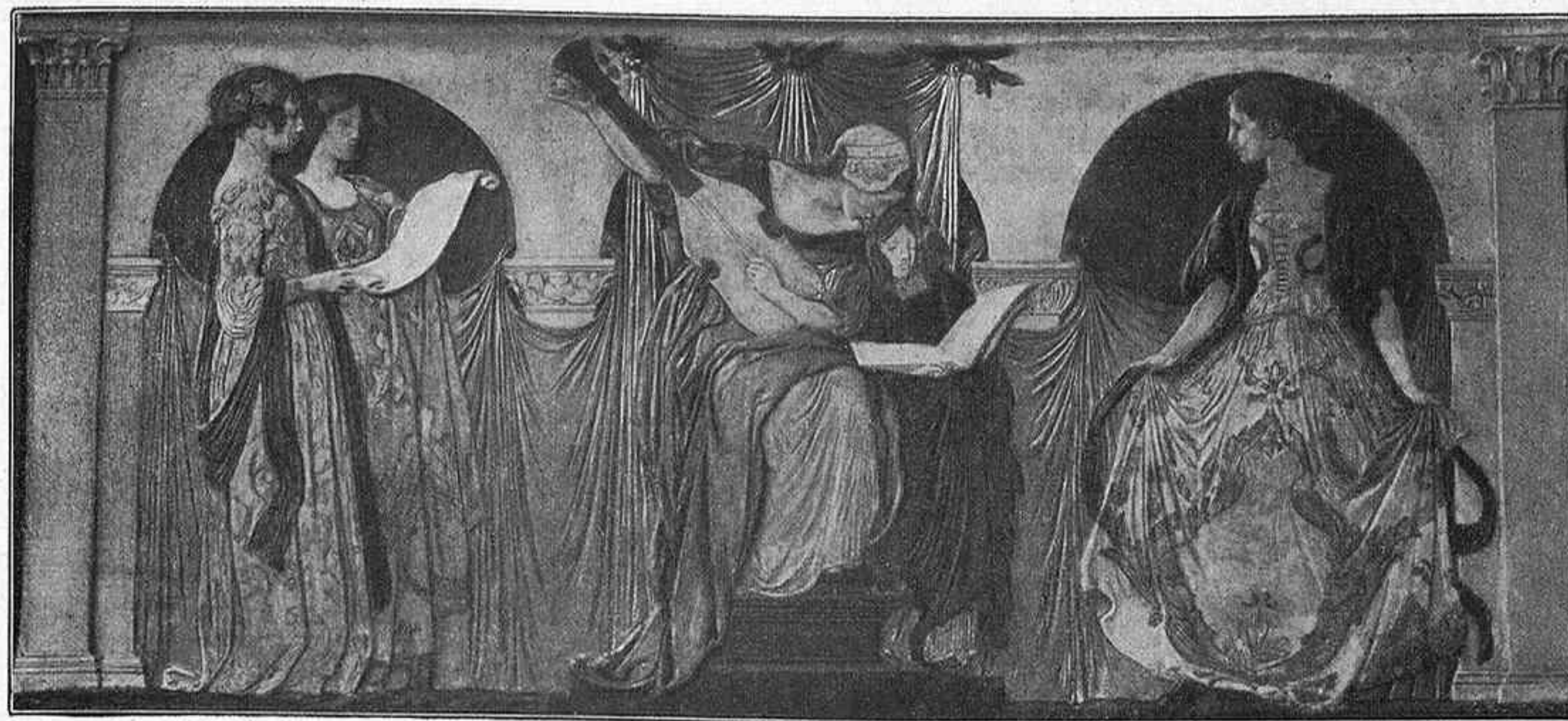
Los preparativos de las fotografías de aficionado se realizan con un entusiasmo incandescente. Se derrochan placas, se aspira a fotografiarlo todo: hasta el perrito de la casa es sorprendido en dos ó tres actitudes diferentes. Se anuncia con énfasis, al revelar, que las fotografías han salido «preciosas, sumamente artísticas.» Como es natural, rogáis que os envíen sin falta una prueba, para veros y ver a los demás de otra manera que en el clisé goteante, con la cara negra y el pelo blanco. Os la prometen efusivamente para dentro de dos ó tres días. Pasa una semana: ni rastro. Pasan quince días: ni señal. Al cabo de dos meses, os encontráis al fotógrafo aficionado, con su máquina a cuestas.

—¿Y mis pruebas? ¿Se pueden ver?

—¡Qué lástima! Se han roto las placas... Se han borrado por un descuido... No hubo tiempo de manipular... La haremos otras...

Y no se hacen nunca.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Música y Danza, cuadro de Anning Bell

Los modernos prerrafaelistas ingleses

En las definiciones de los actuales eruditos, el prerrafaelismo se nos presenta como un verdadero camaleón: se le caracteriza como arte primitivo, arte decorativo, arte romántico, superesteticismo, y sus colores cambian según que lo ilumine el instinto naturalista ó el idealista. Concretado desde el punto de vista histórico, significa indudablemente el romanticismo en el desenvolvimiento del arte inglés, en el cual encontramos un grupo de artistas que, dominados por el sentimiento, buscan asuntos medioevales porque en la atmósfera del misticismo y del éxtasis hallan la satisfacción de sus aspiraciones, traduciendo sus movimientos anímicos en la expresión intensa de los rostros de sus figuras y en el poético trazado de sus líneas. Los fundadores de este movimiento tomaron el nombre de un período en el que se mezclan en la pintura religiosa la simplicidad, la humildad y el realismo: «Mas no se tema—dice Dante

telectual contra la frivolidad y contra la opresión académica; quisieron, en una palabra, cultivar el gran arte.

Si es injusto rebajar en este concepto las obras de medio siglo á esta parte producidas por Madox, Brown, Rosetti, Millais, Hunt y Burne-Jones, tampoco está justificada la exageración que los presenta como los maestros de ejecución, puesto que el arte inglés, á pesar del intervalo del impresionismo de Turner, siempre se ha preocupado de lo acabado del trabajo. Los prerrafaelistas significan una gran fuerza, en cuanto al contenido del arte; pero también dieron gran impulso á la forma al establecer el culto á los trecentistas y á los cuatrocentistas. Nadie se cansó más pronto de la denominación de prerrafaelistas que los propios iniciadores de esta evolución artística. Ya en 1851, tres años después de fundada la asociación, preguntó Millais si debía conservarse

tienen marcada afición á los modelos italianos, también han adorado otros ídolos, como el antiguo arte flamenco y el de los llamados nazarenistas alemanes; pero en el fondo, después de separado lo que en sus obras revela la influencia de un Botticelli, de un Van Eyk ó de un Fuhrich, queda siempre un resto genuinamente inglés.

La corriente de sentimientos producida por los prerrafaelistas fué tan poderosa que aun en la actualidad marchan empujados por ella multitud de artistas ingleses y extranjeros. Recientemente Camilo Mauclair ha dejado sentir su influencia sobre los artistas franceses, sobre Puvis de Chavannes, Moreau, Aman-Jean, Levy-Dhurmer, Menard, Martin y otros, arraigando en ellos ese idealismo que tanto contrasta en nuestros días con la copia trivial de la naturaleza y con la estimación exagerada de la mecánica del arte. También el gran Segantini vióse iluminado por



Aleluya, cuadro de T. C. Gotch

Gabriel Rosetti en su programa «The Germ»—que este curso educativo nos conduzca á pisotear el primitivo arte italiano.» Los llamados prerrafaelistas no se propusieron resucitar á Angélico ni á Lippi; quisieron únicamente formular una protesta moral é in-

aquel nombre, y el propio Rosetti, preguntado por una dama si era prerrafaelista, contestó con impaciencia: «Señora, no soy *ista* de ningún género; soy simplemente pintor.»

Aun cuando algunos caudillos del prerrafaelismo

aquellos resplandores. Y aunque al presente despiertan en Inglaterra instintos naturalistas, nunca bastarán éstos para satisfacer el delicado gusto de aquel país, pudiendo con razón afirmar Muthesius, uno de los mejores conocedores del arte inglés, que el pre-

rrafaelismo es todavía allí la característica de la pintura, conservándose piadosamente las tradiciones de los temas románticos y religiosos y de las formas decorativas. De aquí que exista un grupo numeroso de los que podremos llamar prerrafaelistas modernos: á ellos pertenecen las obras que en estas tres páginas reproducimos, acerca de cuyos autores daremos algunas ligeras indicaciones.

Gotch acentúa la vertical y agrupa sus figuras, alineadas unas al lado de otras, con rectitud matemática.



Madonna, cuadro de Jacobo Linton

ca. Su coro de niños del cuadro *Aleluya* que se destaca sobre un fondo de oro, es de una ingenuidad encantadora y está animado por un colorido armónico de tonos suaves. Todas esas figuras infantiles son modelos vivientes á los que el artista ha sabido envolver en una atmósfera de misticismo religioso.

Byam Shaw, que es indudablemente el más genial de los artistas de este grupo y en quien tiene puestas sus esperanzas el nuevo arte inglés, desde muy joven causó la admiración de los inteligentes: sus composiciones, así las decorativas como las de figuras, son verdaderamente encantadoras; tiene ideas y domina el pincel y el color; interesa por sus ingeniosas y sentimentales inspiraciones, con su fidelidad naturalista deleita á los que buscan el detalle en la obra artística, y en todas sus obras se respira la frescura de su potencia creadora. Su brillante colorido demuestra que puede atreverse con todas las embriagueces del color; y sus cuadros simbólicos patentizan que huye de lo excesivamente misterioso. Es un observador profundo y un pintor franco, por decirlo así, sin ninguno de esos rasgos decadentistas que vemos en muchos de sus colegas de la misma escuela.

Waterhouse es de tendencias románticas, y su fantasía le arrastra al reino de la mitología, de las leyendas de los héroes, á la región de la fábula y á aquellos solemnes lugares en donde preside el misterio del oráculo. Es el genuino prerrafaelista de las intensas expresiones anímicas y de los gestos raros, y en sus lienzos se combinan de una manera viva, aunque un tanto fría, el azul, el morado y el verde. Como colorista es original y en sus formas no se aparta de las tradiciones del prerrafaelismo.

James Linton adolece de algo de falta de temperamento, pero se ha hecho admirar con justicia como pintor de historia por la bien calculada distribución de sus composiciones y por su ejecución en extremo

cuidada. Los asuntos religiosos le atraen cada día más: el monje pintando en su celda una Madonna, y la misma Virgen con el Niño en brazos, son los temas últimamente por él tratados; pero estas imágenes están tratadas por él con cierto refinamiento, con cierto perfume mundanal. Por esto prefiere para su Madonna la pompa de una princesa reinante, y copia los tronos de Bellini, las guirnalda de fruta de Mantegna, el rígido brocado de Crivelli, prescindiendo de la belleza espiritual íntima que tan bien supieron expresar estos antiguos maestros.

Entre los artistas decorativos del grupo llamado de Birmingham descuella José E. Southall, que domina el dibujo y la armonía de tonos, en la cual brillan en toda su pureza el rojo, el azul, el verde, el oro y las piedras preciosas. Sus fuentes de inspiración están en el pasado, siendo sus modelos Gozzoli, Pesellino y Perugino.

Anning Bell se inspira más bien que en el prerrafaelismo en los grandes maestros venecianos; en todos sus cuadros y en sus proyectos artístico-industriales se preocupa, así de la noble elevación del fondo, como del clasicismo de la forma.

Así como es imposible concretar en una fórmula la noción de los prerrafaelistas propiamente dichos, también lo es caracterizar con un solo atributo á los prerrafaelistas modernos. La tendencia de su producción es simbólica, alegórica y religiosa, y su modo de presentarla es naturalista como en los antiguos maestros; dan al sentimiento todo el valor que le dieron Rosetti y Burne-Jones, y saben armonizar este elemento con la visión sintética de los colores de Reynolds y Gainsborough.—J. J.

EL MAYOR PECADO

Hallábase D. Paco sentado en su butaca del teatro Real; eran las once de la noche y el telón estaba alzado, pero ni el buen señor oía una nota, ni la dejaba oír á los que cerca de él estaban. Un catarro pertinaz le hacía toser sin reposo; desesperado, dolorido, hecho una lástima, determinó marcharse á su casa. Abandonó su asiento, recogió el abrigo y salió á buscar su coche. Este no había llegado todavía, y un vientecillo sutil del Guadarrama, agudo como espada toledana, aprovechó el momento y se le coló en el pecho. Tiritando tomó un simón, dió las señas de su casa, y á ésta, situada en la calle de Alcalá, llegó medio exánime. El portero, asustado, le ayudó á subir la escalera, y entre él y los criados metieron á puñados á D. Paco en la cama. Cuando llegó el médico, el enfermo no le reconoció; estaba delirando y decía tonterías; esto no tenía nada de particular, porque durante su larga existencia no había hecho otra cosa estando en su sano juicio. Sin estudios, sin carrera, sin más arte ni más ciencia que la de bien vestir, era un vejete solterón, teñido, acicalado, conocido por todo el Madrid elegante, muy estimado por todo el mundo, dulce, suave, inofensivo, que toda su vida se había limitado á vivir de sus rentas, que un administrador honradísimo ponía en sus manos conforme el amo las pedía.

Al amanecer del día siguiente, y en presencia del médico, que declaró que lo que el enfermo tenía era una pulmonía fulminante, D. Paco, que no había vuelto á la razón, dió un profundísimo suspiro, estiró los miembros y el alma se le salió por la boca.

D. Paco se encontró con que había muerto. Adiós Real, Casino, Retiro, viajes veraniegos... Con rapidez maravillosa se enteró de que todo eso se había acabado para siempre.

—Caramba, carambita, murmuró don Paco; la verdad es que no lo pasaba mal; ahora, ¡sabe Dios!.

Al morir experimentó una sensación extraña, como si le hubieran quitado un peso de encima; así era verdad, porque D. Paco, como todo ser racional que muere, había dejado en la tierra el peso de la carne.

El espíritu, diáfano, sutil, impalpable, conservaba, sin embargo, la figura del cuerpo en que había cruzado por el planeta. D. Paco quiso orientarse; sintióse como suspendido en el aire y un torbellino le impulsaba hacia lo alto; miró hacia atrás y experimentó un vértigo; con claridad pasmosa se ofreció á sus ojos el ancho teatro del mundo; tan lejos estaba ya, que los hombres le parecieron del tamaño de cañamones.

Mirados desde allí, no distinguió los grandes de los pequeños, los ricos de los pobres; todos eran iguales.

—¡Válgame Dios!.. ¡Y qué pequeños!, exclamó.

De pronto pisó tierra firme y se halló delante de un palacio en cuyo frontispicio leyó la palabra *Cielo* con letras doradas. Una plazoleta cubierta de árboles se alzaba delante del magnífico edificio. Chocóle la soledad que allí había. Delante de la puerta paseaba un viejo de lengua barba, en quien al punto reconoció á San Pedro. A un lado tres mujeres sentadas en sendas sillas hacían labores, y al otro tres hombres jugaban al tresillo. D. Paco, que en la tierra había sido bobo y de cortos alcances, gozaba en el nuevo medio en que se hallaba de rara sagacidad. En seguida supo lo que significaba aquello. Tres santas y tres santos, escogidos entre los bienaventurados, turnaban en el examen de los que habían de entrar en la gloria, según fueran hombres ó mujeres los que pretendieran puerta franca. D. Paco no las tenía todas consigo. Por nada le remordía la conciencia, pero un instinto secreto le advertía que colarse en el cielo después de haber pasado en el mundo vida tan reglada, era demasiada ganga. Como persona prudente, determinó sondear el terreno antes de lanzarse á la ventura.

Las mujeres que estaban de guardia y con perfecta igualdad celeste á las puertas del cielo, eran una monja, una señora y una aldeana, ó sea Santa Teresa, Santa Mónica y Santa María de la Cabeza; remendaban ropa para los santos inocentes, unos destrozados á quienes no hay medio de ver bien traídos.

D. Paco se puso á escuchar.

—Pasan días, dijo Santa María, sin que asome por aquí alma viviente.

—Antes, repuso Santa Mónica, no venían hombres, pero venían mujeres.

—Ni siquiera llegan jovencuelas, dijo Santa Teresa.

—¡Buenas están las chicas del día!, repuso Santa María; con los trapos les basta; si les sale un novio, en seguida preguntan cuánto tiene para que las pueda vestir con lujo. ¡Si las madres las educaran!.

—¡Las madres son peores!, exclamó Santa Mónica; comodonas, regalonas, no educan por no tomarse el trabajo de hacerlo; hasta para acompañar á las niñas á paseo buscan quien las substituya. Boato y modas...; cariño, ni pizca.

—El mundo, dijo doctoralmente Santa Teresa, es ya un infierno; tampoco en él se ama.

D. Paco se deslizó bonitamente hacia donde estaban los tresillistas. Eran un militar, un fraile y un labrador; en seguida conoció á San Martín, San Vicente Ferrer y San Isidro.

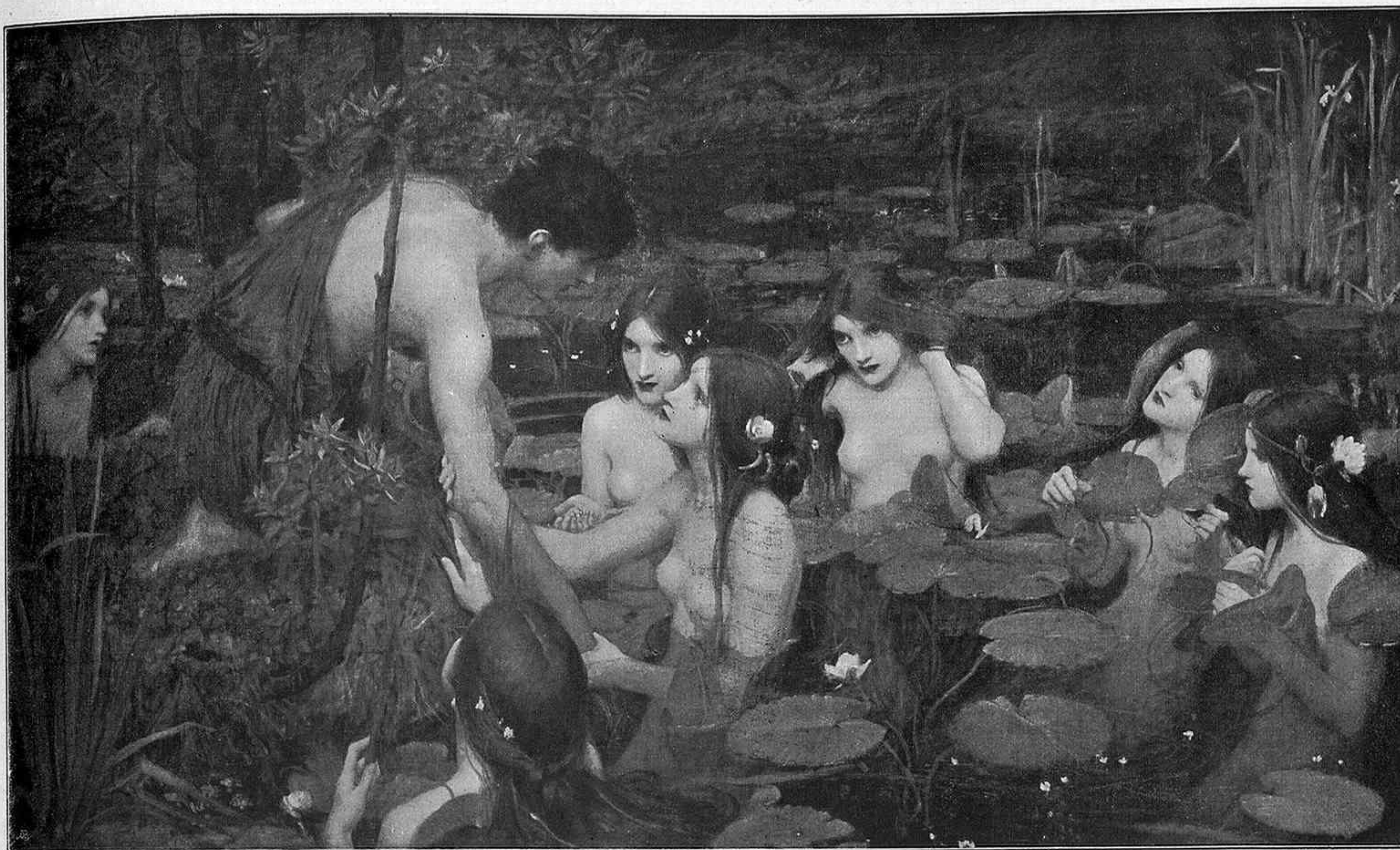
—Dos españoles, pensó D. Paco; no tengo mala suerte; dos votos para asegurarme la entrada.

Al acercarse D. Paco acababa la partida; San Martín se hallaba un poco mohino porque San Vicente



Santa Dorotea y sus hermanas se niegan á adorar á los ídolos cuadro de José E. Southall

acababa de darle un codillo. Entonces, y para distraer el vencimiento, habló de las fiestas del día. Por la tarde había carrera de caballos, porque él iba á montar el suyo en competencia con el de Santiago.



Ibylas y las náyades, cuadro de J. W. Waterhouse

Por la noche David recibiría en sus aposentos, y los angelitos del continental no se daban punto de reposo para repartir las invitaciones; primero los serafines iban á entonar un coro, y luego San Juan de la Cruz recitaría poesías en unión del dueño de la casa, que haría oír más tarde un solo de arpa; Santa Cecilia había prometido tocar también, y se preparaba una velada deliciosa.

En seguida comenzaron á charlar de política mundana, y á oídos del mortal llegó el nombre de España. San Martín veía la salvación del país en las virtudes del ejército, nervio de la patria; San Vicente en la pureza del sufragio, recordando su propia imparcialidad é independencia cuando las circunstancias le llevaron á elegir un rey; San Isidro en la agri-

cultura y el trabajo. Contra lo que sucede en las discusiones de la tierra, los tres santos, que parecían hallarse tan distantes, dieron en seguida en el punto concreto en que estaban de acuerdo. Para salvar y regenerar el país, era preciso que militares, políticos y masa general comenzasen por regenerarse á sí mismos.

Aprovechó D. Paco el término de la discusión, y se presentó al tribunal de examen que había de juzgarle. Los santos, asombrados por tener algo que hacer, le acogieron con benevolencia. San Pedro mostró desde detrás del tribunal la llave de la puerta por donde penetran en la gloria hombres y mujeres. A D. Paco le dió mala espina verla cubierta de rubio moho, señal de su poco uso.

San Vicente abrió un gran volumen, encima del cual se hallaba sentado, y buscó los antecedentes del hombre. Los otros dos santos seguían con interés la maniobra del primero; cuando éste les mostró, con el dedo extendido, la hoja correspondiente al recién llegado, profunda contrariedad turbó los semblantes; la hoja de méritos de D. Paco estaba perfectamente en blanco. En su vida había hecho nada que diese lugar á estamparse en el libro.

D. Paco, que con cierto remusguillo seguía los ademanes del fraile, se quedó hecho una pieza cuando el hijo de Valencia le dijo con exquisita finura y corrección:

—Lo siento mucho; pero como jamás ha hecho usted nada bueno, no puede usted entrar.



El cortejo del Amor, cuadro de Byam Shaw

—¡Yo no he hecho nada malo!, repuso D. Paco atontado y medio llorando.

—Eso lo sabrán en otra parte, señor mío; sin méritos no se entra en el cielo, y no tiene usted anotado ni uno solo.

—¡Pues es una gaita!, dijo D. Paco. ¿Qué hago yo ahora?

—Ya puede usted comprender lo que le espera, dijo San Martín.

Cogiéndole muy políticamente del brazo, le puso fuera de la plazoleta. Un calor como de horno y el olorillo á azufre le indicó que la senda en cuyo principio le colocó el santo era el mismísimo camino del infierno. Quiso D. Paco hacer un movimiento, y dió tal resbalón que en un segundo recorrió una legua. Quiso parar y no pudo, porque patinaba hacia abajo con rapidez vertiginosa. Entonces comprendió que al que emprende el camino del infierno, le es muy difícil detenerse.

A D. Paco, que había visitado los altos hornos de Bilbao, le pareció que á ellos se aproximaba cuando su rápida marcha le hizo llegar á las puertas de la mansión de los réprobos. El calor, aun fuera de ella, era intolerable, y en su interior veíanse lagos de fuego en torno de enormes calderas y arroyos hirvientes que corrían por todas partes. Muchedumbre atroz de negrísimos demonios atizaba el fuego y prestaba servicio junto á las grandes calderas, achicharrando condenados como si fueran buñuelos. Las sombras de los pelos que en la tierra había poseído D. Paco se le erizaron en la cabeza. Allí el espectáculo era totalmente opuesto al del cielo. En vez de la soledad, una multitud inmensa de ambos sexos de todos los países, de todas las edades, afluí sin cesar á la enorme plaza que daba frente al infierno.

Los diablos no se daban abasto para examinar los registros y clasificar á los condenados, destinándolos al sitio en donde habían de padecer tormento en proporción á sus culpas. El clamoreo era ensordecedor y la confusión espantosa. Llegó el ruido á tal extremo, que el mismísimo Pedro Botero se asomó á la puerta de su antro.

—Esto es insoportable, exclamó con voz de trueno que dominó el tumulto; no bastan los demonios asignados á los tribunales de clasificación, y ahora tengo que desgarnecer el servicio de calderas para mandar aquí auxiliares á los examinadores.

En efecto, otra legión de diablos de feísima catadura comenzó á funcionar, examinando réprobos. A D. Paco, que temblaba como un azogado, le tocó comparecer ante uno de los nuevos tribunales. Mas cuando esperaba angustiado y medio loco de terror el tremendo fallo, vió que los diablos asombrados se agrupaban para examinar el folio en que aparecía su nombre en el libro correspondiente. El folio estaba en blanco.

—Aquí hay una equivocación, dijo el demonio más caracterizado y que presidía el tribunal; el señor, durante su vida no ha hecho mal alguno, y por lo tanto no debe entrar en el infierno.

—¡Ya lo decía yo!, exclamó D. Paco brincando de gusto.

—Sin embargo, objetó el demonio secretario, usted tampoco ha podido entrar en el cielo.

—Pase el caso á consulta de Pedro Botero, dijo el presidente.

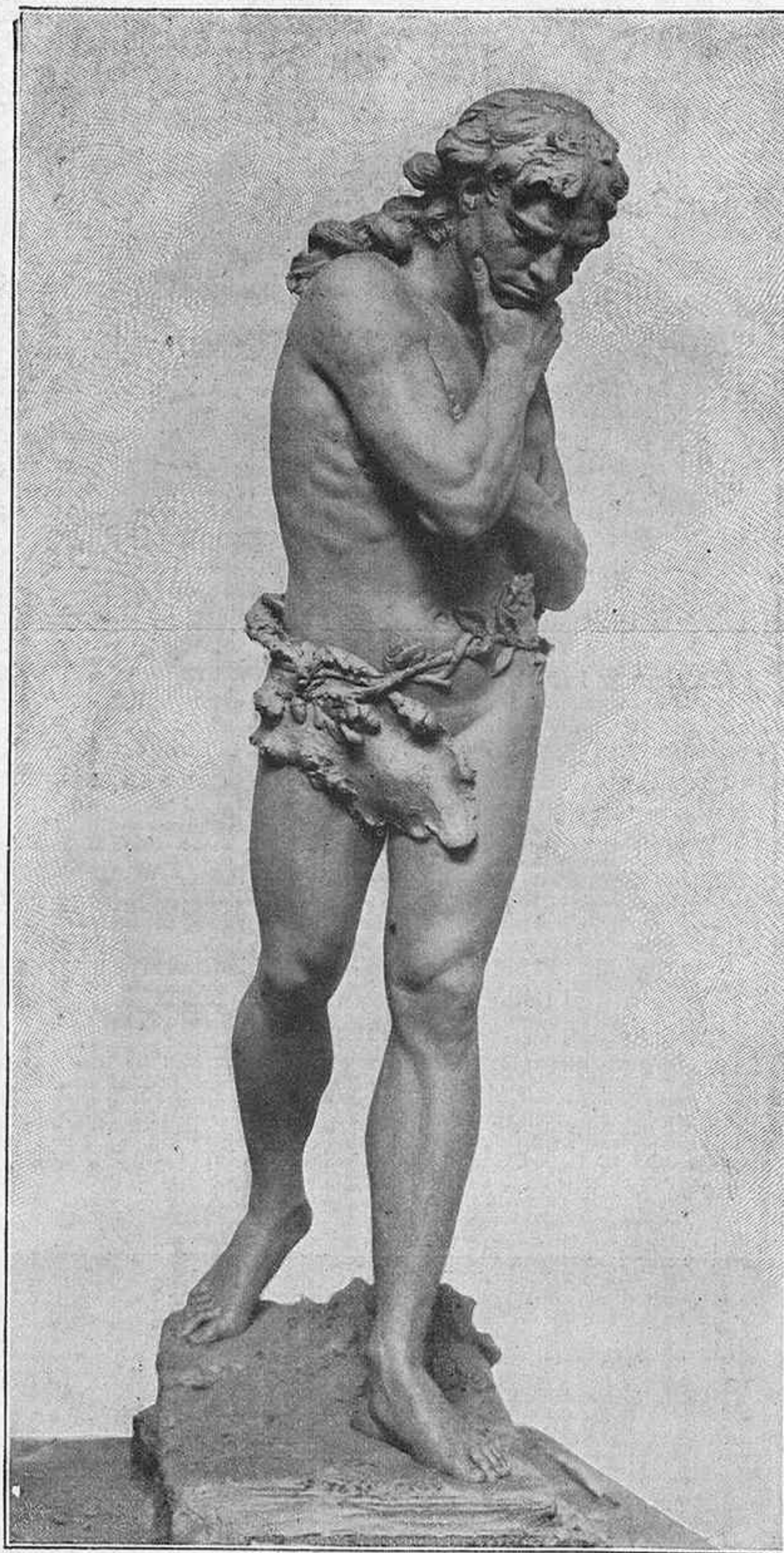
—Me parece, dijo el secretario, que, como novatos, vamos á meter la pata con la consulta; el señor no ha hecho mal, ni tampoco ha hecho bien; el caso debe estar previsto.

Suspendido el juicio, fué el secretario en busca de su señor y amo. No había transcurrido un minuto cuando se oyó un formidable estrépito en el interior del infierno, y el edificio se estremeció hasta los cimientos. Era que Pedro Botero bufaba de rabia por verse tan mal servido.

—¡Mal haya la gente imperita!, gritó saliendo en persona á recibir á D. Paco. Rechazaban estos imbéciles el mejor ejemplar. ¿No sabéis, condenados, que éste es el mayor criminal que existir puede en el mundo? ¿Ignoráis que la pereza, siendo el último pecado capital, es el primero, y por eso figura como corona y remate de los otros? Los demás humanos se condenan porque el aguijón de las pasiones les impulsa al mal; *quieren*, y esto es atenuante de su falta. Este jamás *quiso* nada. No *quiso* el mal, pero tampoco el bien. Materia inerte, teniendo una inteligencia y un corazón, convirtió éste en piedra y aquélla en cero. Vivió de futilidades y bagatelas.

Dios le había dado un alma, y pasó por el mundo con la inconsciencia de una bestia para lo grande y lo bueno; jamás agitó su mente el ansia de saber cosa de provecho; jamás hizo latir su corazón el amor al bien, el ardor por la patria; desnuda el alma de todo adorno, poseyendo medios para el bien, sólo cuidó de vestir el cuerpo. Sin deberlo ser, vivió como un imbecil, y es grande, atroz criminal, por su falta absoluta de afectos, ni siquiera para el mal; las más feroces torturas habrán de atormentarle por una eternidad, durante la cual, para aumentar su pena, se presentará ante sus ojos la visión del bien que pudo y no quiso hacer. Servirá de ejemplo de cómo se castiga el mayor de los delitos, la innoble pereza que sume á las gentes en la degradación moral.

D. Paco, por intuición rápida, comprendió la verdad de aquellas palabras, y un dolor inmenso le ata-



Cáin, escultura de Federico Moratilla

razó el alma. Pedro Botero de una tremenda cabeza hizo volar al mísero por los aires; al caer, el desdichado sintió que se hundía en la más ardiente caldera de todos los infiernos, conociendo, aunque tarde, que el castigo era horrible, pero adecuado al mal que para los individuos, para la sociedad, para los pueblos, representa la falta de voluntad.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

BARCELONA RETROSPECTIVA

III

SUMARIO: Apertura de la Exposición. — La Reina Regente. — Fiestas. — La del puerto. — Un recuerdo. — Palacio de la Industria. — Los de Bellas Artes, Ciencias y Agricultura. — Bibliografía de la Exposición.

El día 8 de abril de 1888 se abrió oficialmente la Exposición Universal de Barcelona.

La Junta directiva, queriendo dar una especial prueba de su aprecio á la prensa nacional y extranjera, solemnizó con un banquete de 200 cubiertos, dedicado á la misma, este acontecimiento. Hablaron Giroud, Rius, Sempau, Lacall, Cornet, Carreras, Peris Mencheta y varios otros.

Por la noche hubo una fiesta en el Ayuntamiento, y aquel día hasta los que más se habían opuesto á la Exposición se vanagloriaban de ser catalanes.

Ya en el mes de junio, cuando la Reina Regente fué á Barcelona, cuando en la ciudad Condal había varios soberanos y escuadras de todos los países, como toda Exposición tiene un tanto por ciento constante de espectáculo, las fiestas que en Barcelona se verificaron no habrán podido olvidarlas los que las presenciaron.

La expedición á Montserrat, la función de gala del teatro del Liceo, el indescriptible espectáculo de la visita de la reina á las escuadras, la retreta militar, las regatas en la sección marítima de la Exposición, la expedición á Badalona, y sobre todo, la fiesta marítima del puerto, constituyeron espectáculos que dieron con razón á Barcelona fama en el mundo entero de pueblo cultísimo y artista.

Fué la fiesta del puerto notabilísima.

Iluminados los barcos de guerra y los mercantes, con poderosos focos de luz eléctrica los primeros y con mucho esmero los segundos, cuajados de faroles de colores todos los muelles, llenos de vaporcitos, también iluminados, el puerto y el antepuerto, cantando desde las barcas coros catalanes y quemándose en las escolleras preciosos fuegos artificiales, aquella fiesta desarrollándose en una hermosa noche del Mediterráneo dejó entre los que la presenciaron indeleble recuerdo.

Todavía debe vivir en Barcelona una hoy respetable madre de familia que por aquel entonces era una agradable criatura recién salida de un colegio y que con toda la ingenuidad de los pocos años dijo á mi amo:

—No se concibe tanta poesía y tanta hermosura sin querer á un hombre.

Si estas líneas pasan por su vista de seguro recordará la contestación.

—Tiene usted razón, la dijo; yo soy completamente feliz, porque además de presenciar este espectáculo, la adoro á usted.

¡Qué tiempos!

Goula daba conciertos en el Lírico; se publicaba la Guía Grau, en la que se hacía minuciosa descripción de Barcelona; Mañé y Flaqué escribía artículos notabilísimos; Pitarra, el gran Pitarra, estrenaba comedias; el marqués de Alella daba fiestas en su casa; Rius y Taulet pronunciaba discursos, y no quiero seguir esta enumeración porque es triste pensar que en un período tan corto como el de catorce años todos han muerto menos Grau, á quien he visto por ahí muy orondo, y el autor de la Guía, que aún molesta al público con sus artículos.

En mi calidad de ordenanza y portero de la Exposición me dejaban entrar por todas partes. Recuerdo el Palacio de la Industria, cuya primera nave medía 100 metros de longitud por 21 de anchura. Ocupaban esta sala China, el Japón, Portugal, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y una parte de Bélgica, que también tenía otra instalación en la nave segunda. En esta segunda nave expusieron los Altos Hornos, y había también vitrinas muy notables de bronce de arte, instrumentos de acero y material de ferrocarriles.

No puedo, en estas crónicas, hacer una descripción de aquel certamen. Concurrieron

todas las provincias españolas, casi todas las Repúblicas hispano-americanas, más de media Europa, y el pueblo catalán, culto como pocos, dispensó á la Reina Regente, á los monarcas extranjeros y á Castelar simpática acogida.

El Palacio de Ciencias, el de Bellas Artes, los Parques, el Palacio de Agricultura, la Sala de máquinas, todo cuanto se improvisó en aquella gran fiesta del trabajo humano, constituyó la tarjeta que Barcelona dejó en el mundo, acreditándose de pueblo á la moderna.

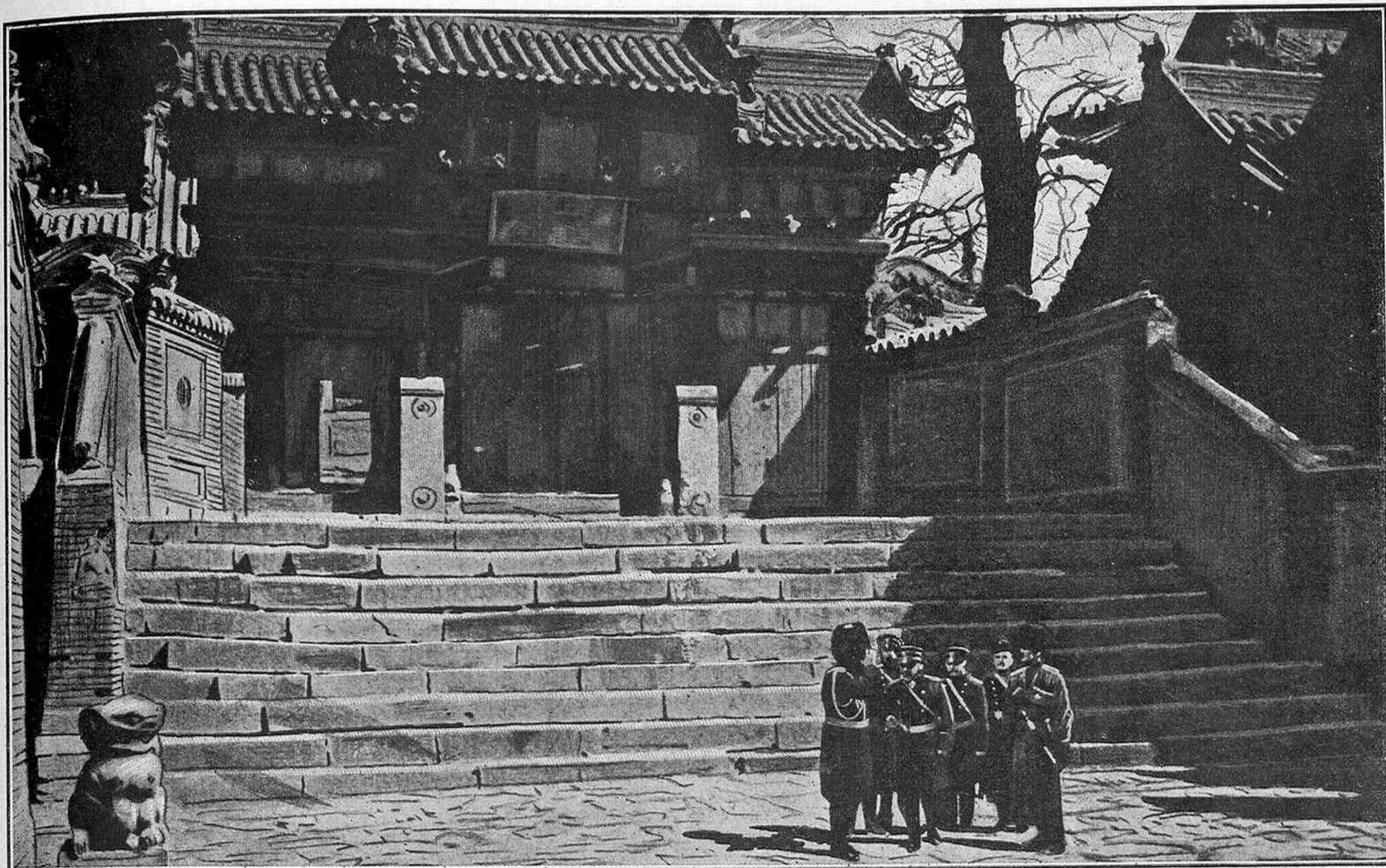
Barcelona, que desde la Exposición hasta ahora ha progresado mucho, no puede olvidar que la fuerza inicial de su gran desarrollo á la moderna la debe á aquel certamen, que al mismo tiempo que á la Ciudad Condal honró grandemente á toda España.

Sobre la Exposición se ha escrito poco.

D. Antonio García Llansó publicó un libro; los ilustrados redactores del *Diario Mercantil* unos estudios sobre la Exposición Universal.

El Sr. E. A. Spoll dió á la estampa en francés un notable libro, lleno de datos, no sólo relativos á la Exposición, sino á lo que era Barcelona, y principalmente á lo que interesaba á la colonia francesa establecida en aquella capital.

Esta obra estaba dedicada á la Comisión de pu-



GUERRA RUSO-JAPONESA. - El general Kuropatkin y su estado mayor en Liao-Yang

blicidad que componían el marqués de Comillas, D. Federico Nicolau y D. Francisco López Fabra.

Miquel y Badía, en artículos publicados en el *Diario de Barcelona*, hizo estudios muy curiosos, principalmente sobre la parte artística.

Luis Alfonso en *La Dinastía* y Sampere y Miquel en *La Publicidad* estudiaron también la Exposición.

Frontaura y Fernanflor en *La Ilustración Española y Americana* hicieron también trabajos muy brillantes sobre la materia.

En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde estas crónicas se publican, se insertaron estudios muy notables del malogrado Ixart.

Un tal Garci-Fernández, á cuyo servicio he estado mucho tiempo, publicó en cincuenta periódicos de España y en sesenta de América más de cien cartas sobre la Exposición.

Todavía en los archivos del Ayuntamiento de Barcelona debe haber colecciones de estos periódicos.

Por último, otra persona que me toca algo redactó y publicó en castellano y en francés una guía artística sobre la Exposición.

Si algún día alguien quiere hacer una historia de lo que fué aquella fiesta del trabajo, ya sabe por estas indicaciones dónde puede encontrar los materiales.

Y perdonen ustedes que este viejo portero les haya molestado con tres crónicas, y aguarden veinte ó veinticinco años á que escriba otras sobre la Barcelona de hoy.

UN PORTERO DEL OBSERVATORIO.

Por la copia,

JUAN VALERO DE TORNOS.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Terminábamos nuestra crónica anterior en el momento en que el ejército ruso, obligado á evacuar Liao-Yang, emprendía la retirada hacia el Norte, perseguido de cerca por los japoneses. Durante algunos días la suerte de las fuerzas de Kuropatkin inspiró verdadero cuidado y acerca de ella circularon los rumores más pesimistas: díjose que la retaguardia rusa había sido aniquilada y que el generalísimo corría gran peligro de verse copado; pero todos estos rumores han sido desmentidos, y en la actualidad todo el ejército ruso se encuentra concentrado en la ciudad de Mukden.

Los japoneses, halagados por la victoria obtenida en Liao-Yang y en la esperanza de asestar un golpe terrible y decisivo á su adversario, abandonaron la

táctica seguida en los anteriores combates, y en vez de tomar descanso, emprendieron una persecución vigorosa; pero la retaguardia rusa les mantuvo constantemente á raya, y Kuropatkin pudo realizar felizmente, como hemos dicho, su retirada, que ha merecido los mayores elogios y ha causado general admiración, justificando el talento militar excepcional del caudillo en quien tiene puesta Rusia toda su confianza.

Viendo lo inútil de su persecución y seguramente también por la necesidad de reposar después de tantos días de lucha y de cubrir las inmensas bajas sufridas en los últimos combates, los japoneses han suspendido su movimiento de avance y se han replegado sobre Liao-Yang, dejando, sin embargo, un fuerte destacamento en Uan-Yen-Pu-Tseu, punto distante 36 kilómetros de Mukden. Es, pues, de esperar que en algún tiempo no habrá ninguna acción seria y que los rusos podrán recibir, en el entretanto, los refuerzos que ya están en camino, y que son los restos del primer cuerpo de Europa y del 5.º siberiano, parte de los cuales ya figuraron en la batalla de Liao-Yang.

La llegada de estas tropas de refresco debe ser impacientemente esperada por el generalísimo ruso, porque los cuatro primeros cuerpos siberianos que han soportado solos durante algunos meses todo el peso de la guerra, han de estar muy mermados: en efecto, según un telegrama particular enviado desde el cuartel general de Mukden á San Petersburgo, hay compañías que sólo cuentan treinta hombres, pudiendo calcularse que aquellos cuerpos sólo tienen la mitad de sus efectivos teóricos.

También necesitan reforzarse los japoneses, y ya se dice que han salido del Japón varios buques llenos de tropas destinados á Niu-Chuang. Asimismo se dice que envían grandes cantidades de víveres, municiones y cañones á Liao-Yang, plaza de la cual quieren hacer una nueva base de operaciones en substitución de Hai-Cheng y de Feng-Hoang-Cheng.

Un telegrama oficial de Tokio dice que las pérdidas experimentadas por los japoneses en las sangrientas jornadas de Liao-Yang ascienden, según una primera evaluación, á 17.539 muertos y heridos: de los tres ejércitos de Kuroki, Nodzu y Okú, el que más bajas tuvo fué este último, al cual se encomendó el asalto de las posiciones enemigas.

Los detalles que se van recibiendo de aquella batalla confirman el heroísmo con que lucharon rusos y japoneses, y las grandes privaciones que unos y otros hubieron de sufrir. Por espacio de doce días, el primer ejército japonés hubo de realizar penosas marchas y continuos combates, sin apenas alimen-

tarse, pues ni tiempo tuvieron los soldados de cocer las escasas raciones de arroz que recibían y que hubieron de comerse crudo. Así se comprende, hasta cierto punto, que al entrar en Liao-Yang olvidaran toda disciplina y se entregaran al saqueo, devastando no sólo las tiendas de los rusos, sino también las de los chinos.

Es digno de notarse el cambio operado en una gran parte de la prensa europea favorable al Japón. Los éxitos por éste obtenidos al principio de la guerra habían producido en el mundo entero una impresión tanto más viva cuanto que pocos los esperaban, y habían inducido á muchos periódicos á calificar poco menos que de ineptos á los generales rusos y de ponderar el genio de los caudillos y las excelencias del ejército japoneses. Pero al ver que, á pesar de tantas ventajas, no han podido éstos realizar los dos grandes objetivos de la actual campaña, es decir, la toma de Puerto Arthur y el aniquilamiento del ejército de Kuropatkin y que han necesitado cuatro meses para salvar los 200 kilómetros que median entre el río Yalu y Liao-Yang, aun sin haber encontrado en ninguna parte una resistencia verdaderamente enérgica, muchos de aquellos periódicos van rectificando su criterio, y así vemos que, después de las últimas operaciones, que tan caras han costado al Japón, el corresponsal del *New York Herald* ha dicho: «El resultado obtenido por los japoneses es insignificante;» y el del *Times* (á quien no se tachará seguramente de rusófilo ni mucho menos) ha telegrafiado al diario londinense: «Después de lo que había leído en los periódicos acerca de la excelente estrategia de los japoneses, he de confesar que en la práctica no he visto nada que respondiera á estas esperanzas... El general Kuropatkin puede vanagloriarse de haber burlado el plan principal de sus adversarios.»

¿Qué plan se propone seguir ahora el generalísimo ruso? Difícil es decirlo. Suponen algunos que su permanencia en Mukden se reducirá al tiempo preciso para dar descanso á sus tropas, y que en seguida proseguirá su retirada hacia Thie-Ling, población que dista 60 kilómetros de aquella y en la cual hará Kuropatkin una vez más frente á su adversario. Añádese que con este objeto han comenzado á salir de Mukden numerosos convoyes y que se están reforzando las fortificaciones en Thie-Ling anteriormente construídas. Pero estas suposiciones, aunque muy fundadas, no pueden darse como cosa cierta; pues en el estado á que han llegado las cosas, el general en jefe ruso ha de ajustar por ahora su conducta á lo que hagan los japoneses, hasta tanto que, como hemos dicho y repetido en estas crónicas, cuen-



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Batalla de Liao-Yang.—Los japoneses asaltando una batería rusa
(Dibujo de A. Gough.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—«Hermanos de la Caridad.» Monjes rusos prestando los servicios de la Cruz Roja en el campo de batalla. (Dibujo de F. de Haenen, de un croquis de un corresponsal.)

Un grupo de monjes rusos, del monasterio de Voskresensky, se dirigieron desde Moscu al teatro de la guerra. Eran en número de veinte, y después de haber aprendido los trabajos de ambulancia, se organizaron en sociedad de la Cruz Roja, tomando el nombre de «Hermanos de la Caridad» y uniéndose al cuerpo de ambulancia. El padre Sergio, instructor de todos ellos, es médico. Además de prestar los servicios sanitarios, administran la comunión a los moribundos

te con elementos suficientes para tomar la ofensiva.

Anticipándose a los sucesos, se preguntan muchos si, en el caso de que Kuropatkine hubiera de abandonar Mukden primero y Thie-Ling después y de retirarse a Kharbin, irían a buscarle allí los japoneses. Así parece indicarlo la táctica por éstos seguida; pero téngase en cuenta que de Mukden a Kharbin hay una distancia de 500 kilómetros y que los rusos pueden perfectamente defender el territorio que separa ambas plazas durante mucho tiempo, hasta que venga en su auxilio la época de las nieves, que está próxima. ¿Qué harían entonces los japoneses, separados además por algunos centenares de kilómetros de su base de operaciones en la Mandchuria? El invierno ha de ser para ellos un enemigo terrible, y en cambio constituirá para los rusos un precioso auxiliar; se comprende, por consiguiente, su empeño de conseguir, antes de que llegue la estación fría, un éxito decisivo que hasta ahora no han logrado ni es fácil que logren en el tiempo que falta para que sobrevenga esta circunstancia que puede ser trascendental para la segunda parte de la campaña.

La situación de Puerto Arthur es la misma que exponíamos en nuestra crónica anterior. Los sitiadores siguen bombardeando la plaza, pero no han podido apoderarse más que de un pueblecillo, Pa-Li-Chuang, situado a 300 metros del fuerte Ehr-Lung y desde el cual preparan, según parece, un nuevo asalto. Dícese, sin embargo, que en vista del poco éxito de los asaltos anteriores, los japoneses se proponen cambiar de táctica y rendir la ciudad por hambre. Las pérdidas de los sitiadores durante las cinco últimas semanas, se hacen ascender a 20.000; y aunque tal vez haya alguna exageración en esta cifra, es indudable que las bajas han debido ser enormes, dado el valor y el desprecio a la muerte con que los nipones combaten a pecho descubierto, y la tenacidad heroica con que los rusos se defienden. Recientemente, la explosión de una mina preparada por éstos destruyó por completo una columna japonesa de 700 hombres.

Un crucero inglés ha encontrado al fin a los barcos de la escuadra voluntaria rusa *Smolensk* y *Petersburg* en Zanzíbar, y les ha comunicado las órdenes del gobierno moscovita para que cesen en sus visitas y registros de buques neutrales.

La escuadra del Báltico salió el día 11 del puerto de Cronstadt, al mando del almirante Roschdestvensky, con rumbo, según se cree, al Extremo Oriente.

El almirante Alexeief ha enviado al emperador su dimisión del cargo de virrey de la Mandchuria.—R.

NUESTROS GRABADOS

Dos comadres, fotografía de Inés B. Warburg.

—Sucede con las fotografías y con los cuadros algo parecido a lo que acontece con las flores artificiales y naturales: para ponderar la belleza de estas últimas, es cosa corriente decir: «parecen de porcelana»; y para encomiar la perfección de las primeras, dícese comúnmente: «parecen obra de la naturaleza.»



Dos comadres, fotografía de Inés B. Warburg

En efecto, cuando contemplamos un paisaje, un interior admirablemente ejecutados, lo primero que se nos ocurre es pensar que no resultarían más exactos sorprendidos por la cámara fotográfica; y si queremos elogiar una fotografía, la mejor alabanza que le dedicamos es compararla con un cuadro. Esto que, a primera vista, considerarán algunos absurdo, se explica, sin embargo, perfectamente y sintetiza en cierto modo el verdadero concepto del arte, que no es otra cosa, en su esencia, que la expresión de la belleza y de la verdad íntimamente uni-

das. Sugiérenos las anteriores observaciones la fotografía de Inés B. Warburg, que reproducimos en esta página y que ha sido premiada en un concurso abierto por una importante revista inglesa: *Dos comadres*, en efecto, es una fotografía eminentemente artística que produce toda la impresión de una obra pictórica, lo que dice mucho en favor de su autora, que ha sabido escoger un asunto y un momento oportunos para obtener algo más que una copia exacta de la realidad.

El príncipe heredero Guillermo de Prusia y su prometida la duquesa Cecilia de Mecklenburgo-Schwerin.—Las distinciones de que el emperador de Alemania hizo objeto a la familia reinante del gran ducado de Mecklenburgo-Schwerin durante las fiestas militares recientemente celebradas en Berlín en conmemoración del aniversario de la jornada de Sedán, fueron interpretadas por la generalidad de los alemanes como expresión del deseo de rendir homenaje de respeto y consideración a los representantes de la antigua dinastía gielfa. Pocos sospecharon la verdadera causa de tales atenciones, causa que se conoció cuando, después del banquete de gala que se celebró en Altona el día 4 de este mes, Guillermo II anunció oficialmente el próximo enlace de su primogénito el príncipe Guillermo con la duquesa Cecilia de Mecklenburgo-Schwerin. El príncipe Guillermo nació en el Palacio de Marmol, cerca de Potsdam, en 6 de mayo de 1882, y ha recibido una educación principalmente militar, sin que por esto haya dejado de dedicarse con gran provecho a otros estudios. Es excelente músico, muy aficionado a las bellas artes en general y se distingue por su carácter dulce y bondadoso; goza de grandes simpatías y popularidad en todo el imperio, y los soldados del regimiento de la guardia de a pie, del que es comandante, sienten por él cariñoso entusiasmo, en justa recompensa del amor y de la benevolencia con que él les trata. La duquesa Cecilia es hermana del gran duque reinante de Mecklenburgo-Schwerin, tiene diez y ocho años y está dotada de excelentes cualidades morales e intelectuales. Este enlace, puramente de inclinación y en el que para nada ha intervenido la razón de Estado, ha sido acogido en toda Alemania con alegría y entusiasmo grandes.

Cain, escultura de Federico Moratilla.—Hijo de un notable escultor español que desde sus mocedades reside en Roma, adonde fué oficialmente pensionado en 1848, el autor de esta escultura honra el nombre de su padre, pues figura entre los mejores artistas jóvenes de la capital de Italia. Federico Moratilla preocupase ante todo en sus obras de la expresión, no sólo de la del rostro, sino de la del cuerpo todo, haciendo que la actitud correspondiera perfectamente al semblante; mas no se crea, por esto, que descuida la corrección plástica; antes al contrario, cuida con gran esmero de la pureza de la línea y de la armonía de las proporciones. Su estatua de *Cain*, que reproducimos, es la mejor demostración de estas afirmaciones: la cara del primer fratricida revela por modo admirable su situación de ánimo; la mirada hosca, el ceño fruncido, los contraídos músculos, son otros tantos signos inconfundibles de pensamientos y propósitos criminales; y la posición de los brazos, la colocación de la mano, los gestos todos, indican, no el arrebatado momentáneo, no la cólera súbitamente despertada, sino el verdadero espíritu del mal, la premeditación antes de cometer el crimen.

Monumento de la Unión Postal Universal, boceto de Renato Saint-Marceaux.—El congreso postal reunido en Berna en 1900 acordó erigir en aquella ciudad un monumento conmemorativo de la fundación de la Unión Postal Universal y encargó al mismo tiempo al Consejo federal suizo la adopción de todas las medidas necesarias para llevar a cabo el proyecto. Abierto, en su consecuencia, un concurso entre los escultores de todo el mundo, presentáronse ciento veintidós bocetos que fueron sometidos a un jurado, compuesto de

artistas y administradores de diversos países, bajo la presidencia del Dr. Bluntschli, presidente de la comisión federal de Bellas Artes de Zurich. Seis de estos bocetos fueron desde luego escogidos como los más notables, y el jurado, antes de decidirse a hacer la elección definitiva, pidió a los respectivos autores que presentaran proyectos estudiados. El resultado de este concurso de segundo grado, cuyo fallo se ha publicado hace poco y ha sido ratificado por el Consejo federal helvético, ha sido favorable al eminente escultor francés Saint-Marceaux, a quien se ha confiado en definitiva la erección del monumento de Berna. La obra premiada es de encantadora elegancia; como concepción es de un simbolismo muy claro, y como composición, de una originalidad acertada. Alrededor del globo terráqueo, que flota sobre una nube, las cinco partes del mundo, personificadas por otras tantas figuras de mujer, se pasan de mano en mano varias carias, abrazando en actitudes graciosas toda la esfera. A un lado, en la parte inferior, se ve una matrona sentada en actitud reposada y majestuosa: es la personificación de la ciudad de Berna, en donde se firmó el convenio postal y que es la residencia de la oficina internacional.

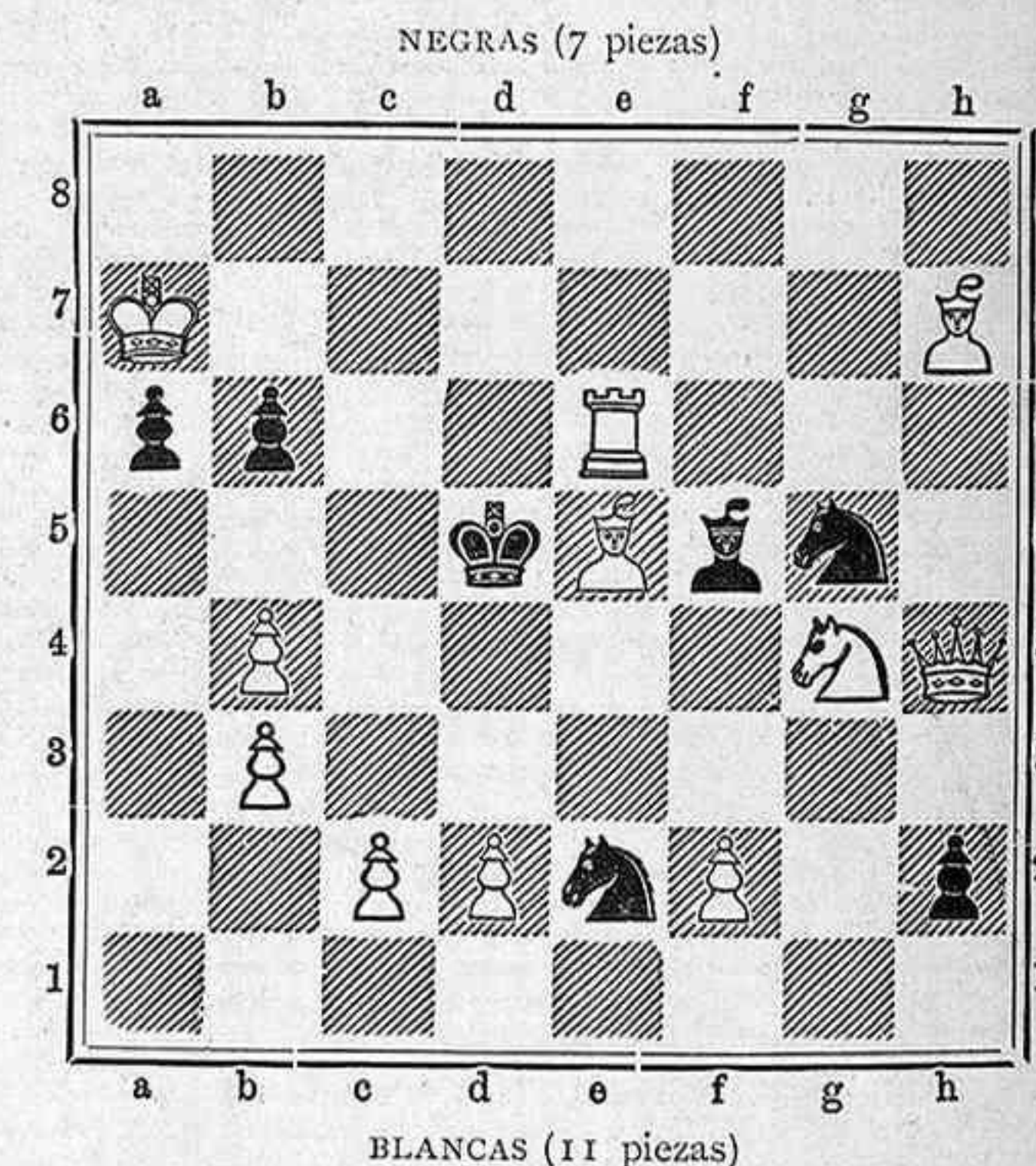
FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, 84 ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación):

ENVÍO N.º 11. — LEMA: «Miapaciduc.»



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 3. — «Don Eskil.» (Nueva forma.)

1. D h8-e8, e3-e2; 2. Ce6-c5, etc.
Rd5xe5; 2. Ce6-f4 jaq. 6 De8-b5 jaq., etc.
Rd5xe4; 2. Ce6xg5 jaq., etc.
Th1xh5; 2. Ae5-g7, etc.
Dg1-f1; 2. Ae5-c7 6 b8, etc.
Dg1-d1; 2. Ce6xg5, etc.
Otra jug.ª; 2. De8-b5 jaq., etc.

ENVÍO N.º 10. — «Mane, Thecel, Phares.»

1. Enrocan (Rg1, Tf1), Rg3xh4; 2. Ac8-f5 6 Aa5-d2, etc.
(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—¡Vamos allá! ¡Qué ideas se les meten hoy en la cabeza á las muchachas! Ese joven tiene las preocupaciones de un hijo de familia que vivirá como han vivido sus padres, que se casará muy pronto...

—Y que hará á su mujer muy feliz; ya lo sé; lo ha dicho muchas veces, y hasta creo que me miraba demasiado al decirlo.

—¿Por qué demasiado?

—Porque aquello parecía una invitación.

—¡Pues mira, hija mía, peor podías caer!

—¡Oh! ¡Caer! Más vale no caer ni bien ni mal, abuelo.

—¿Qué quiere decir esa nueva malicia?

—Caer es un accidente, un azar, un signo de debilidad. Yo no quiero caer, sino elegir.

—¿Pero la estás oyendo, Enriqueta?

—Ahítenes la consecuencia de decirle que vale tanto, respondió la abuela.

—Y además, añadió Graciana á modo de conclusión, ¿tanta prisa tenéis por desbarazaros de mí?

—¡Oh! Querida...

—Pues entonces quédense por ahora los barones en su castillo y yo en la Zarzalera.

Y desde aquel momento se estableció en la mente de Graciana una comparación obstinada entre el amable y poco discreto mozo que acababa de hacerle la corte con tan poco disimulo, y el otro, tan reservado, tan correcto, que había adquirido, más aún, conquistado valientemente el derecho de acercarse á ella, á pesar de lo cual había tenido que provocar ella misma las pocas palabras que habían cambiado; el otro, á quien, en seguida y casi involuntariamente, había ofrecido una amistad que él había aceptado con voz tan conmovida.

Acaso Daniel de la Rochere podía pasar por mejor mozo, con sus bigotes y sus cabellos rubios, que un día se pondrían rojizos, con su admirable cutis que se llenaría con el tiempo de salpullido, como el de su padre, con su elegante esbeltez, que también se redondearía como la del barón, y sobre todo, con aquel aplomo adquirido en sus peregrinaciones á los países de fiesta y de desorden.

Seguramente, Daniel llevaba con más elegancia las ropas cortadas por un sastre parisiense, que tanto le favorecían.

Sin disputa, era amable, alegre compañero y estaba dispuesto á entusiasmarse en una nueva aventura, aunque fuese matrimonial, á falta de otras.

Era también capaz, sin duda alguna, de ser un marido no peor que la generalidad, y acaso mejor.

Pero Graciana no detallaba esta filiación física y moral más que para oponerla en seguida é invenci-

Unos días después volvió á encontrarla en la choza de la Borel.

La vieja estaba mucho mejor. Y además, ahora reinaba en su casa la abundancia, y cuando los pobres saben que tendrán que comer mañana, se sienten ya medio curados.

¿Por qué había ido á verla Pedro Boissier?

Ciertamente, no había sido con la esperanza de encontrar á Graciana. Pedro no especulaba con ese azar que ni siquiera se le había ocurrido. El verla no podía conducir á nada y por consecuencia nada valía.

Pero pasaba por allí y un impulso casi irreflexivo le había hecho entrar en la miserable morada en que la encantadora joven que llenaba su pensamiento había debido dejar algo de ella misma, de su perfume, de su resplandor, y en la que aquella anciana le hablaría de ella y él podría asociarse una vez más á su obra de caridad.

Pedro empujó la puerta y se encontró con Graciana.

La joven, al verle, se sonrojó, y él, también avergonzado y casi despedido contra sí mismo, balbuceó:

—¡Oh! Si hubiera sabido... Pasaba por aquí; era mi camino y quise informarme...

Pero Graciana se dominó en seguida.

—Ya ve usted, señor Boissier, que nuestra enferma está mejor... gracias á usted.

Y añadió, olvidando que se le había encargado el secreto:

—El señoresquien me dió el otro día para usted aquel hermoso luis de oro.

—¡El luis de veinte francos!, exclamó la vieja juntando las manos. ¡Ah! ¡Que

Dios se lo pague á usted en felicidad en este mundo, D. Pedro, y en el paraíso!

Pedro. Era la primera vez que Graciana oía pronunciar este nombre. Pero la Borel siguió diciendo en tono llorón:

—Usted es caritativo con los pobres, como su madre, que en paz descansa, á la que tanto quería.

—Sí, lo recuerdo, dijo Pedro muy despacio. Mi madre me trajo á esta casa hace ya mucho tiempo.

—He pasado siempre tantas penas para vivir... ¡Ah! Esta vez, sin la caridad de ustedes me hubiese muerto.

—Pero su hijo de usted...

—Está en su barca. Hace ya más de tres meses



La primavera que le tenía encantado era la de aquella joven

blemente los ojos de un azul sombrío, el cutis tostado, los labios rojos un poco levantados por el retorcido del negro bigote, el aspecto de fuerza y de resolución y el aire viril de aquel joven oficial ya condecorado por acción de guerra.

¡Aquella cruz! ¡Ah! Bien debió ganarla... Le había visto batirse y aún palidecía de emoción...

Y después aquella voz, aquella voz que se hizo tan grave al ofrecerle su amistad...

Además tenía un no sé qué, que ella no podía definir, pero que la encantaba hasta el punto de hacerle decir:

«No, entre los dos no vacilaría.»

que se fué y no sé siquiera dónde trabaja ahora. De seguro no sospecha que he estado á dos dedos de la muerte.

—Pero bien sabe que no tiene usted recursos.

—Antes del ataque podía trabajar y él cree que puedo todavía. Además el pobre no tiene bastante para él. Cuando uno es viejo los hijos acaban por cansarse. Yo duro ya demasiado.

—¡Es lamentable todo eso!, murmuró Pedro.

—Vamos, dijo con dulzura Graciana; no hay que tener esas ideas. Su hijo de usted es, acaso, un poco olvidadizo, pero la quiere... Todo el mundo quiere á su madre. Ahora, ya sabe usted que no carecerá de nada y no tiene para qué desanimarse, si no quiere que me enfade...

—Tome usted esto para aumentar su bolsa.

Y Pedro puso unas monedas de plata en la mano nudosa y curtida de la vieja, cuyos dedos se cerraron bruscamente al apoderarse de aquella ganga inesperada.

—Gracias, D. Pedro, gimio... Que Dios le dé en recompensa una mujer como usted la merece... Como esta... ¡Ah! No le deseo á usted otra como premio en la tierra. ¡Dos buenos corazones juntos! Nunca la encontrará usted mejor, D. Pedro... Jamás hallará usted un hombre así, señorita...

Los dos habían tratado de poner un dique á aquel torrente de palabras, pero era imposible hacer callar á la Borel.

No había modo de refrenar aquella exaltación que la hacía ponerse en pie, temblorosa, lloriqueando, tal vez sinceramente, pero más probablemente con emoción fingida, y adivinando con su instinto que lo que hacía huir á aquellos jóvenes no era nada que pudiera indisponerles con ella.

Porque Graciana y Pedro huyeron efectivamente ante aquel torrente de palabras.

Pero, casi sin sospecharlo, riendo todavía y sin embargo algo emocionados, algo aturridos por aquel desbordamiento que en vano habían intentado contener, se encontraron de nuevo en el camino que sube hacia la Zarzalera después de pasar por las lindes de la Umbria.

Lo que acababa de decir la Borel no eran más que adulaciones de la anciana mendiga para conmovellos.

Pero todo aquello respondía bien, sin embargo, á lo que un día había pasado por sus pensamientos como pasan las ideas que son más bien involuntarias impresiones de la mente; á lo que había excitado su emoción y su pena y ahora surgía á la evocación de la vieja al reunirlos de nuevo la casualidad.

Un poco confusos, pues, y preocupados por el deseo de ocultarse mutuamente su confusión, ambos se pusieron á hablar afectadamente de otra cosa.

—¡Pobre mujer!, dijo Graciana; qué vida... Ha pasado trabajos sin descanso, sin haber jamás conocido ni el reposo ni el goce, hasta el momento en que ha caído como un animal agotado que no puede ya dar un paso...

—Mientras el hijo á quien ha querido—porque estas mujeres aman á sus hijos como las demás—se va por esos mundos, indiferente y feroz, sin cuidarse de la pobre vieja que se muere de miseria.

—No lo sabe...

—¡Ah! Es su única excusa.

—Además, también él es, acaso, muy pobre.

—Si diese solamente á su madre la cuarta parte de lo que gasta cuando va á divertirse con los amigos...

—No sabe lo que pasa...

—Aunque lo supiera... Es como los demás y sin duda piensa como ellos. Los viejos, cuando llegan á serlo mucho, no son más que un estorbo. Peor para ellos si se obstinan en vivir. Los salvajes, según se cuenta, los matan y se los comen. Los primitivos de por aquí son menos crueles y se contentan con dejarlos morir. Ahí tiene usted á la Borel; lo sabía y se había resignado.

—¡Pero eso es abominable!

—Así es, sin embargo. Los campesinos son duros para los suyos como para sí mismos. No conozco á éste, pero me extrañaría mucho que fuese una excepción. Será, de fijo, cruel con su mujer é implacable con sus hijos, como lo es con la que él llama «la vieja.» Cuando haya usted vivido algún tiempo entre ellos, verá que, en el fondo de su alma, todos se parecen.

—«Todos,» repitió moviendo la cabeza, pensando en la vida que hubiera tenido que soportar si no se hubiera evadido de la casa paterna para entrar en la gran familia del regimiento.

—¡Pobre gente!, dijo con dulzura Graciana; eso los hace más dignos de lástima. ¡Son tan desgraciados!

Pedro respondió, sin pensar que la joven no sabía de su triste infancia:

—Es cierto también. Se debería pensar en esas existencias, ¿verdad?, cuando se sufre al pensar en las afecciones muertas que no han sido reemplazadas. Debiera uno recordar esas miserias y esas desolaciones cuando se desanima y se siente desgraciado...

—¡Usted, Sr. Boissier!, dijo Graciana en un impulso de involuntaria simpatía.

—Sí, lo mismo yo que los demás.

Y añadió dejándose llevar de la amargura de sus penas:

—¿Cree usted que no es una insoportable opresión el verse ligado y como agarrotado por una enemistad como la que nos separa?

—Es verdad.

—¿No es odioso que haya que dar las gracias á la casualidad por haber aproximado á dos hijos del mismo pueblo que hubieran debido ser compañeros de infancia y tener después derecho de hablarse libre y abiertamente en vez de hacerlo á escondidas en la choza de una mendiga, único sitio, acaso, que es para nosotros un terreno neutral y de tregua?... ¡Una tregua! ¡Necesitamos invocar una tregua, una suspensión de hostilidades!... ¡Es estúpido y absurdo!

Y añadió animándose más:

—Pero toda mi vida ha sido un absurdo. ¿Acaso la lógica y la verdad no hubieron debido hacer que me quedase en la casa que será mía alguna vez y en la propiedad que deberé cultivar? Pues bien, no. Me llevaron al colegio y cometieron un error, porque allí me han enseñado á respetar, á amar y admirar todo lo que en mi casa oía decir que eran necedades; porque en el colegio han acabado de ponerme en la mente y en el corazón las ideas y los sentimientos que ya me enseñaba mi pobre madre, ideas y sentimientos que en mi casa inspiran desprecio cuando no irritación. De este modo me he visto en presencia de una vida que hubiera sido un choque de todas las horas y una lucha de todos los días. Por eso me hice soldado; para marcharme. Por eso viviré lejos de aquí durante largos años; lejos de la casa en que me hubiera creado una nueva familia, en que hubiera amado...

Pedro decía todo esto en un completo olvido del lugar, del tiempo y de cuanto le rodeaba, cediendo á la imperiosa necesidad de abrir su corazón.

Y Graciana le oía sin asombro, olvidando también lo extraño de tales confidencias para tomar por ellas un interés vivísimo.

—Ya buscará usted en otra parte esa familia y esa afección. No le costará trabajo encontrarlos.

—¡Ah! Aquí la hubiera encontrado mucho mejor y más pronto. Pero esto es lo más absurdo y lo más desolador; aquí no tendría siquiera derecho de amar lealmente y de decirlo; aquí estoy en país de guerra y tengo enemigos. Lo que he encontrado más digno de inspirar un sentimiento de profundo cariño, lo que sería la dicha de mis sueños, eso es el enemigo...

Y terminó con un gran suspiro y encogiéndose de hombros:

—¡Bah! La Borel puede rezar; Dios no hace ya milagros.

Graciana le miraba, muy pálida, con las ventanas de la nariz estremecidas por una palpación nerviosa y sin bajar los negros ojos ante el fulgor del acero de aquellos otros que se fijaban en ella.

También ella se sintió invadida por la fiebre de aquella queja de rebelión. También ella había sentido pasar por sus labios un aliento de viril dolor y leal confesión.

Y por un impulso repentino, respondió:

—¡Los milagros! ¿Acaso no los realiza todos la voluntad?

—La voluntad, respondió Pedro, cuando está sostenida por la fe.

—Y bien, dijo la joven tratando de sonreírse; hay que tenerla.

Y Pedro, que no sabía ya lo que decía, embriagado por aquellas cosas locas é imprevisas y por aquella sonrisa en flor, respondió:

—¡La fe!... ¡Dios mío! Si yo la tuviera... Si supiese siquiera que á mi voluntad respondía otra voluntad, á mi energía otro valor aliado, á mi ternura un porvenir que quisiera confiármelo, si, la tendría, si, realizaría el milagro; la juventud y el amor serían más fuertes que la obstinación de esos antiguos rencores, y podríamos conquistar la felicidad...

Pedro se detuvo, trémulo. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué se atrevía á proponer á aquella joven, á quien pocos días antes no conocía?

Aquel ensueño vago é imposible que había tenido un día en el secreto de su corazón al dejar vagabundear á la loca de la casa, se reproducía ahora en alta voz y delante de la que le había inspirado...

Ya Pedro juntaba las manos en ademán suplicante para exclamar: «¡Perdóneme usted; estoy loco!»

Ya iba á añadir: «¡Jamás me atreveré á presentar-

me delante de usted!» y á echar á correr avergonzado y confuso, pues hay palabras que no se dicen y sentimientos que no se despiertan impunemente.

E iba á escaparse, llevando el puñal en la herida que acababa de hacerse en el mismo corazón, cuando creyó ver, cuando vió, una cosa inverosímil, inaudita, divina.

Vió aquellos labios sonrientes palidecer á causa de una emoción violenta.

Vió aquella sonrisa temblar y quedarse cautiva.

Y Graciana respondió en voz apenas perceptible:

—¿Es verdad lo que me está usted diciendo?

—Es verdad, repitió el joven en voz más alterada todavía, pero que vibraba ahora con la misma resolución que había pasado por su vista azulada. Es verdad, Graciana. ¡Juro que alcanzaré la dicha que usted me anima á conquistar!

Graciana dijo entonces, adelantando la mano que ya otra vez le había dado:

—Pedro, tenga usted confianza. Yo también sería dichosa...

Y al ver que, esta vez, la blanca mano permanecía aprisionada entre las manos febriles que la llevaban á la caricia, á la toma de posesión, al sello de los labios, la joven añadió sin tratar de retirarla:

—Ya ve usted que yo también confío.

—¡Alma mía! ¡Cómo voy á amar á usted!

—Cuento con ello, dijo la joven, retirando sólo entonces la mano un poco temblorosa, mientras su sonrisa se iluminaba con una tierna dulzura.

Al ver que Pedro iba á hablar y á decir aún lo que se escapaba de su pecho, Graciana añadió moviendo la cabeza:

—No, no, ahora no. Tenemos mucho que confiar y aquí no podríamos... Además, hay demasiado tumulto en mi cabeza y en mi corazón y leería mal en ellos. Debemos recogernos... ¡Es tan grave lo que nos hemos atrevido á decir!...

Y viendo el ademán de espanto y de súplica del joven, dijo aún:

—¡Cuando le digo á usted que tenga confianza!... ¡Pero qué lucha tenemos que emprender!... ¡Qué resoluciones que tomar!... ¡Qué batallas que dar!...

—¿Que ganar!

—Sí, que ganar, respondieron aquellos labios de nuevo rojos. ¿Dónde nos veremos mañana?

—Yo puedo ir á buscar á usted donde me diga que vaya. Mientras que usted, Graciana...

—Sí, á mí es más difícil encontrarme por casualidad. Sin embargo, la Providencia da á veces á las muchachas un álbum y lápices que les permiten permanecer largo tiempo en los sitios pintorescos. Mañana, á las nueve, Sr. Boissier, me están dando ganas de ir á tomar un croquis del Encinar.

—¿En el claro del bosque Gentón?

—El sitio es poco frecuentado. Apoyándose en las grandes piedras que forman la linde del sendero, se debe de estar muy bien para hacer un estudio. Y un paseante, asomado á esas piedras, puede hablar de cerca y muy correctamente con la joven dibujante, separada de él por esa valla tranquilizadora.

—Hasta mañana, entonces.

Al ver que Pedro le tendía alegremente las manos, la joven dijo, abandonándole las suyas:

—Con juicio esta vez...

Pedro respondió muy conmovido:

—Nos hemos visto y nos hemos hablado tres veces, Graciana, y me parece conocer á usted como si hubiera sido siempre mi amiga adorada.

—Yo también creo encontrar en usted un antiguo y fiel amigo del corazón... Y es preciso que así sea, añadió ruborizándose; porque si no, ¿qué excusa tendría mi atrevimiento?

—No, he sido yo quien ha tenido la loca audacia...

—Creo que hemos sido los dos, dijo Graciana lentamente.

Y añadió, tomando al fin la resolución ante la cual estaban el uno y el otro vacilando:

—Hasta mañana, Pedro.

—Hasta mañana, Graciana.

—En el Encinar.

—En el Encinar. La adoro á usted... la adoro... la adoro...

Graciana cerró sus negros ojos para saborear aquella ardiente letanía.

Y ligera y dichosa, se alejó muy de prisa.

Pedro se quedó allí, absorto en su alegría, viéndola alejarse.

Al llegar al recodo del camino, la joven se volvió y, en un ademán de adiós, levantó su manecita hasta la cara y, acaso, hasta los labios.

Pedro regresó lentamente hacia su casa, donde Antonio Boissier no sospechaba el camino que había andado su hijo durante aquel paseo matinal de convaliente...

Durante todo el día estuvo Graciana pensativa y silenciosa, muy ajena a cuanto le rodeaba.

Su abuela le dijo dos ó tres veces:

—Voy á la «gusanera.» ¿Vienes conmigo?

En la vida apacible de la Zarzalera era, sin embargo, una interesante aventura la de aquellos gusanos de seda que acababan de salir del capullo y que empezaban su efímera existencia sobre unas anchas mesas cubiertas de papel gris y en un interminable festín de hojas de morera que agujereaban por los bordes, voraces y jamás repletos, mientras unos grandes braseros de cisco producían el calor seco y constante que los hace crecer y prosperar.

Pero á todas las invitaciones de la anciana Graciana había respondido.

—No, abuela, estoy ocupada en mi cuarto.

Hasta el punto de que la señora Girardot, un poco asombrada y casi inquieta, se preguntaba después de sus inútiles tentativas.

—¿Será que empieza á aburrirse con nosotros?

¿No le interesarán ya los gusanos?

Pero la buena señora no tenía razón para alarmarse.

Cuando por la noche se reunieron los tres para cenar, Graciana tenía unos ojos resplandecientes y una cara radiante y estaba animada y alegre, hablaba mucho, zalamera con el abuelo, llena de atenciones con la abuela y bonita como nunca la habían visto. Además, con cualquier pretexto, ó sin pretexto alguno, decía á cada momento lo feliz que sería no dejando jamás la Zarzalera.

—De modo, dijo Girardot con mucha inocencia ó con mucha diplomacia, que quieres casarte en Saint-Romain...

—¿Por qué no? ¿No te gustaría tener, por fin, alguien que te ayude? Cuando pienso, abuelito, que tienes que hacerlo todo y que te cansas á veces más de lo que quisieras...

—Entonces, ¿no te importaría vivir siempre aquí? dijo el anciano siguiendo su idea.

—No deseo otra cosa.

Girardot echó una mirada á su mujer y dijo:

—Enriqueta, esta chica tiene razón, después de todo. Aquí está en su casa, puesto que la Zarzalera será suya cuando nos muramos. Hace muy bien en quererla y mirarla como la mejor parte de su dote.

Y añadió gravemente:

—Porque nuestra Zarzalera será para ti, Graciana, si la quieres, hasta el último terrón. Yo me arreglaré para que así sea.

Y dijo, respondiendo á una mirada de alarma de su mujer.

—Me arreglaré... sin perjudicar á nadie. Ya sabes que podemos hacerlo, querida.

Y muy alegre y rejuvenecido ante la idea de que Graciana aceptaba Saint-Romain, mientras esperaba aceptar al que iba á hacerla quedarse allí, siguió diciendo:

—Ahora se trata de escoger bien ese marido, porque la nieta de Luis Girardot tiene derecho á ser exigente.

—Y de casarse á su gusto, ¿verdad, abuelo?

—Evidentemente.

—Escuchando la voz de su corazón.

—Es claro; de su corazón y de su razón.

—Su razón le está ya diciendo: no debes aceptar sino un marido que te ame.

—Quisiera yo saber quién no te amaría, feílla, dijo la abuela riéndose.

—Pero es también preciso que le ame yo; de otro modo no sería dichosa.

—Y bien, vamos á ver, Graciana, propuso maquiuvelicamente el buen señor, un muchacho amable, joven...

—Sí, es preciso que sea joven.

—Buen jinete.

—Eso no echa á perder nada.

—Con una fortuna semejante á la tuya.

—También está eso en el programa.

—Hijo único.

—Sí.

—En cuya casa seas tan mimada como aquí.

—Eso es ya menos importante.

—¿Por qué?

—Si no estoy bien en su casa nos vendremos á vivir aquí. De este modo, abuelo, tendrás más á tu lado á tus hijos.

—¡Oh! No hay que contar con esa combinación, hija mía.

—¿Por qué?

—Porque nunca consentirá en ella el barón.

—¿Pero me estás hablando de Daniel?, preguntó Graciana con un gesto de impaciencia.

—Y tú, ¿de quién quieres hablar?

La joven tuvo un momento de vacilación. ¿Convenía... ya? No; sería acaso imprudente.

Y apagando el relámpago que había brillado en sus ojos, respondió:

—¿Yo? De nadie. Me estoy representando el pretendiente de mis sueños.

—Pues, aquí, no veo otro con quien pudieras casarte, hija mía. Con él sí sería fácil.

—Sí, ya lo sé... He comprendido.

—Entonces...

—Entonces, tienes razón. Ese no podría venir á vivir en la Zarzalera. Ahí tienes el obstáculo.

—El barón y la baronesa no te dan miedo, sin embargo...

—Yo quisiera quedarme aquí, abuelo.

Y se puso á hablar de otra cosa, sin querer volver á aquel asunto á pesar de las invitaciones del buen señor.

De repente dijo:

—¿Sabes, abuela, por qué te he dejado sola todo el día con tus gusanos?

—No me lo explico, porque, verdaderamente, está muy mal hecho no haber querido ir á verlos ni una vez siquiera.

—Pues es porque estaba arreglando cosas en mi cuarto.

—¿Lo que ha llegado en pequeña velocidad? Comprendo, entonces, que estés ocupada.

—Todo, no; pero sí muchas cosas: mis libros, mi música, mi álbum...

Y añadió con perfecta indiferencia:

—¡Calla! Una idea... Tengo que estrenar el álbum... Mañana temprano, mientras tú cuidas de que no den á los gusanos hojas de morera húmedas de rocío...

—¡Cáspita! La humedad en las hojas es veneno para los gusanos, querida.

—Pues bien, está dicho. Mientras tú vigilas eso...

—¿Te irás á dibujar?

—Sí.

—¿La casa?

—No, no es divertido dibujar la casa. Me iré al bosque.

—No lejos, entonces, dijo Girardot.

—Muy cerca, abuelo. Por ejemplo..., al Encinar.

—¿Al bosque de Gentón? No sé qué tiene que hacer todo el mundo con esos grandes árboles.

—Son admirables.

La abuela, que había fruncido involuntariamente el ceño, se puso á pensar:

«Allí era donde el pintor se ponía á hacer sus cuadros cuando iba á verle mi pobre Camila. Graciana no sospecha el daño que me hace el ver ese bosque, que empezó á quitarme á mi hija.»

Y dijo en voz alta, dando un suspiro:

—Y bien, eso es, vete á dibujar el Encinar, querida.

Si Graciana, cuando arreglaba á su modo su existencia de casada, no cometía una completa locura al jactarse de vencer la resistencia de aquellas buenas personas cuyo cariño conocía, Pedro, en cambio, hacía en el mismo momento la desoladora observación de que Antonio Boissier, enemigo irreconciliable de los Girardot, no olvidaba sus rencores ni sus resentimientos.

También ellos dos se reunían para cenar en el triste y glacial vacío del vasto comedor de la Umbría.

Pedro, poseído aún enteramente por la imagen de aquella deliciosa joven con la que acababa de concertar—acaso locamente, pero de un modo apasionado y dichoso—un pacto de alianza y de amor, con la tenaz voluntad que le venía de su padre, no había podido resistir al deseo de hablar de lo que rebosaba en su alma.

Pero sabía cuán terrible sería aquel verdadero abordaje y qué cóleras y qué violencias habría de desencadenar. Tampoco él se aventuró más que á una pequeña escaramuza; ni á eso siquiera, á un simple reconocimiento en país hostil, decidido de antemano á no entregar su secreto y á no poner en guardián á su padre en la formidable empresa que suponía el juramento hecho á Graciana de realizar un verdadero milagro de amor.

Y mientras su corazón latía febril, el joven tomó un tono indiferente para preguntar á su padre:

—¿Has estado hoy en los prados de abajo?

—Sí. Casi no vamos á tener heno. Pero ya lo sabes, muchacho: año de heno, año de nada. Esto es lo que he pensado al volver.

—Así se te habrá hecho más corto el camino. ¡Ah! Era mucho más cómodo cuando podíamos pasar por el atajo de la Zarzalera.

—Sí, aquello me economizaba, lo menos, diez días de acarreo, que, á doce francos, hacen ciento veinte francos del heno y otros tantos por el beneficio que pierdo, como si me lo robaran.

—Es, en efecto, un dinero perdido inútilmente.

—¡Bah!, dijo el viejo empezando ya á amoscarse; está previsto y no hay para qué sentirlo.

—A no ser que ocurriera algo nuevo que te volviera á poner en buena inteligencia...

—¿Con ese viejo Judas? Tú te chancas...

—Pero, en fin, si ocurriera algo nuevo...

—No te canses la imaginación, muchacho. No ocurrirá nada. Y además, las cosas están bien así. Prefiero defenderme de los golpes que de las gitaneñas de mi enemigo. El me quiere mal y yo á él. Así sabe uno á qué atenerse y está preparado.

—Pero, padre, no dura siempre la enemistad. Nada es eterno. Las rocas mismas acaban por gastarse...

—El rencor no se gasta, muchacho. Al contrario, retoña, como los nogales... Y no es posible cortar el rencor, dijo en tono sarcástico, cuando va á mirar de cerca lo que pasa en casa del vecino. Y á propósito, también yo he visto pasar esta mañana á la pequeña.

—A esa, al menos, no la odiarás. ¿Qué te ha hecho?

—Tampoco han hecho nada los lobatos cuando se los mata con la loba. Sí, también odio á esa chica, porque es de su raza, porque es linda...

—¡Oh! Padre, padre...

—Sí, porque es linda y joven y parece decirme:

«A los de la Zarzalera les da gusto que yo haya venido. Cuando me ven, no piensan en usted. Soy yo más fuerte para alegrarlos que usted para fastidiarlos...» Esto es lo que parecía decirme, la desvergonzada, cuando me hizo un pequeño saludo, á modo de urbanidad. ¡Buena es esa! Un modo de burlarse de mí...

—¡No!

—¿Qué sabes tú? Yo te digo que sí. Y mejor quiere que sea de ese modo.

En el claro del bosque Gentón, una antiquísima encina levanta por encima de los retoños, á los que parece mirar con lástima, su tronco surcado de profundas arrugas y cargado de pesadas ramas, gigante surgido del granito silíceo, lleno de majestad y de fuerza.

A sus pies y en aquel suelo poroso en el que arrojan reflejos de diamante los fragmentos de mica á los rayos oblicuos del sol, no son las cañas, como en la fábula, las que el viento hace conversar con él, sino esos brezos de color de rosa que florecen hasta en las heladas y esos grandes helechos que se desarrollan como serpientes amarillentas después de las lluvias de la primavera.

Entre esas vegetaciones del suelo y la enorme encina que retuerce sus nudosas ramas en el claro cielo, los jóvenes tallares forman por detrás una cortina de verdor más ligero.

En aquella mañana de los primeros días de junio estaba Graciana detrás de las piedras del lindero del bosque, pensando en cosa muy distinta que en dibujar la gran encina.

La joven escuchaba lo que le decía, muy bajo y muy de cerca, un joven que se había quedado en el sendero y que hablaba con ella apoyado en la valla de altas piedras.

Tampoco él miraba el paisaje primaveral que se ofrecía á sus ojos.

La primavera que le tenía encantado era la de aquella joven. Los perfumes que le embriagaban eran los de aquel cabello negro cuyos reflejos tenía tan cerca. Lo que él escuchaba no era el murmullo de la brisa matinal en las hojas de las encinas, sino la voz musical que le respondía dulcemente mientras aquellos radiantes ojos negros se encontraban con los suyos.

No era aquella la primera vez que se encontraban en el mismo sitio. En la falda de Graciana estaba el álbum abierto y lleno de estudios al lápiz más febriles que hábiles, pero que atestiguan varios días de trabajo, sobre todo si las sesiones habían estado interrumpidas, como aquella, por interminables coloquios.

Los jóvenes no se asombraban ya por su entusiasmo ni extrañaban su atrevimiento.

Familiarizados con la idea de que se amaban y de que se habían prometido ser el uno del otro, habían llegado á ser como esos aventureros desdeñosos del peligro que corren en su aventura y que se creen más seguros á medida que se aproximan á él sin que les haya tocado todavía.

¡Habían ya conocido tanta dicha en aquel claro del Encinar!

¡Era tan delicioso el descubrimiento que hacían el uno del otro en cada nueva y furtiva entrevista!

¡La encontraba Pedro tan encantadora con su valentía de enamorada, con lo que cada día le permitía leer en su alma independiente y altiva, y sobre todo, con la temeridad que mostraba al amarle!

(Continuará)

LOS SALTEADORES

Nada tuvo de particular como tal baile el que se dió en casa de los Sres. de Jefferies, pero en mi vida me olvidaré, y creo que tampoco lo olvidarán en la suya el cochero y el lacayo de mi tío, de un suceso con él relacionado.



- Tiene usted que bajarse, señorita

En primer lugar, mi tía no quería que fuera; estaba acatarrada y decía que era sumamente impropio que una muchacha como yo corriera sola, á media noche, por esos caminos de Dios; pero yo me mantuve firme, aunque cariñosa, porque quería ir á todo trance. Al entrar en el coche, la luz del farol hirió mis joyas y me sentí orgullosa de su hermosura, porque la reflejaron con todos los colores del arco iris. Tomás, el lacayo, abrió la portezuela, y no había por qué desdenar la admiración evidente con que me contempló, pues era un joven bastante bien parecido.

Quería ir al baile, porque á él debía concurrir también cierta persona que me gustaba algo más de lo regular. Llamábase Horacio, y yo quería aparecer á sus ojos como la muchacha más linda del universo. Ese fué el motivo por que había tardado tanto en vestirme y por que me puse todas mis mejores joyas, á fin de que se percatara agradablemente de mi buena posición social.

Mi vestido era del más delicado matiz de tórtola y á cada movimiento relucía y brillaba; y siempre que, á través de la ventanilla, penetraba un rayo de luz, era cosa admirable ver cómo lucían mis brillantes.

Yo estaba como nunca; Horacio también; pero ¡ah! había otra mujer que no he sabido nunca qué atractivo pudo tener para él; mas es lo cierto que bailó con ella siete veces, sin contar con que cenó á su lado. Conmigo sólo bailó tres, y eso por puro compromiso: la primera bailamos todo el vals; la segunda se sentó antes de terminarse; la tercera fuí yo quien quiso hacerlo, convencida de que no se me iba á declarar.

A pesar de todo, tuve la suficiente fuerza de voluntad para que no se me saltaran las lágrimas en toda la noche, y recuerdo que me prodigaron muchos cumplidos, que nada me importaban. A las dos de la madrugada me despedí de la dueña de la casa, pues ya no me quedaba que hacer más que volver á casa, meterme en la cama y olvidar.

Una vez más relampaguearon mis joyas al subir al coche, y no pude menos de notar que estaba Tomás sumamente pálido, lo que no me preocupó en lo más mínimo. ¡Ah! Todos tenemos en la vida momentos muy amargos. No sabía cómo soportar mi desengaño al recostarme sobre los cojines del carruaje, y sin duda alguna, durante muchos días, hubiera sido presa de roedora pena, si no hubiera sobrevenido repentinamente un remedio, que me curó por completo antes de llegar á casa, y tan radicalmente, que no me volví á acordar de Horacio, hasta que recordé que lo había olvidado.

Ibamos por el camino más bajo de los que atraviesan el pantano de Pinkney, cuando de repente se paró el coche, y apareció en la ventanilla el rostro pálido y bello de Tomás. Abrió la portezuela, llevó la mano al sombrero y me dijo:

-Tiene usted que bajarse, señorita.

-¡Bajarme!, repetí, ¿Qué ha ocurrido?

-Algo va á ocurrir, dijo apresuradamente. Haga usted el favor de bajar, señorita, baje usted de una vez.

Naturalmente, así lo hice en seguida.

Greg, el cochero, estaba ya desmontado y á un lado. Solía decir mi tía que Greg daba buen tono á lo que guiaba, aunque fuera un carro de basura, pero era un hombre que nunca me había sido simpático. Hacía poco que estaba en casa, y nunca me había inspirado confianza su fisonomía, sus mejillas hundidas, su mirada investigadora y sus labios delgados que denotaban mal carácter.

Se me acercó mucho y comenzó á hablar.

Escuché con el más profundo asombro. Decía que no se me haría daño si me portaba bien; pero que si no, no respondía de las consecuencias.

Después con mucha calma me pidió que me quitase los diamantes y se los diera. Miré con los ojos muy abiertos y díjele únicamente:

-¿Por qué?

Respondíome que porque él y Tomás los necesitaban, y querían á toda costa tenerlos, y que si yo trataba de gritar, en primer lugar no habría nadie que me oyera, y en segundo ellos sabrían muy bien cómo hacerme callar.

Quedé indignada, pero no atemorizada; y si mi corazón comenzó á latir de prisa, fué de su espontáneo impulso.

-¡Greg!, exclamé. ¿Cómo se atreve usted?..

-Está muy bien, dijo riendo. No soy hombre asustadizo.

Volvíme hacia el lacayo y le dije con mucha dulzura:

-¡Tomás, Tomás!

-Ya no soy Tomás, me respondió con aspereza. Todo eso ha terminado, y lo que hemos principiado tenga usted la seguridad de que lo llevaremos á cabo.

Si hubieran sido unos desconocidos me hubiera desmayado de miedo, pero como sus rostros me eran familiares veía en todo aquello algo de ficticio y mi espíritu se reanimó.

-¡Greg!, exclamé, vuélvase usted al instante á su sitio, y usted, Tomás, al suyo. Ambos están ustedes locos, ó tal vez hayan bebido demasiado.

El cochero, que nunca me había hablado antes sino sombrero en mano, ahora, con gran asombro mío, me agarró con dureza por el desnudo brazo.

-No estamos para bromas, dijo con un gruñido; fuera con ellas en seguida, ó yo le ayudaré á quitárselas, señora mía.

Entonces comencé á temblar.

-¡Tomás!, dije en tono suplicante, defiéndame; no será usted tan cobarde que...

Me faltó la voz y las palabras. Miré con desesperación á mi alrededor, y me hice cargo de la profunda obscuridad que nos rodeaba.

-¡Suéltame, Greg!, grité con repentina resolución. Se las daré á Tomás; á usted, no.

Echóse á reír y me soltó. Rápida como el pensamiento dí un salto y me lancé en la obscuridad, entre la maleza. Conocía bien el pantano; pero ¡ay!, á los pocos pasos de mi huida me enredé con mi vestido y un momento después Tomás me tenía sujeta entre sus brazos.

Lo extremadamente inesperado de aquella situación acabó de hacerme perder mi serenidad, y mientras Greg se abalanzaba hacia mí amenazándome y Tomás me tenía agarrada, yo, á toda prisa, me quité las prendas, desde el radiante collar hasta los preciosos pendientes, que brillaban al meterlos Greg en un saquito de algodón.

Durante toda esta escena lloraba amargamente, y sentía penetrar el húmedo fango dentro de mis zapatos y medias de seda. No tardé diez minutos en verme despojada de todas mis prendas, y después me quedé mirando estupefacta cómo subía de un salto Greg á su asiento y cómo corría Tomás á ocupar el suyo.

-¡Qué voy á hacer!, exclamé.

Greg me miró de arriba abajo, y en tono de chanza me aconsejó que me volviera á casa lo más pronto posible y que le diera sus recuerdos á la vieja.

Fustigó luego los caballos y salieron á escape; pero antes de desaparecer el coche en la obscuridad, vi que el lacayo volvía atrás la cabeza para mirarme una vez más.

Afortunadamente era la noche tranquila y la luna logró verse libre de las nubes que la ocultaban y comenzó á brillar. Muchas veces había ido á pie desde el pantano de Pinkney hasta casa, pero nunca en aquel traje.

No había, sin embargo, más remedio que andar el camino, y mil arrebatadas ideas me empujaban hacia adelante, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas y mis sollozos y lamentos interrumpían el silencio de la noche.

Al llegar al primer recodo que hacía el camino, vi delante de mí, en medio de él, un bulto negro que, andando unos cuantos pasos más, resultó ser un carruaje.

Era el de mi tía, inmóvil junto á la cuneta. Los caballos estaban de pie, pero uno temblaba con fuerza, como si acabara de levantarse penosamente después de una caída; en el sitio del cochero no había nadie, pero poco á poco distinguí una persona recostada contra la cerca del camino y á otra tendida en él.

Dirigíme hacia la primera; era el lacayo. Apoyaba la cabeza en la mano; el otro brazo tenía un aspecto especial, y un líquido negruzco le corría por la cara.

-¿Qué ha pasado?, dije.

Levantó la vista y se estremeció; luego volvió la cabeza y lanzó un gemido. Era evidente que el atrevido salteador de caminos había tenido un contra-tiempo, y comprendí que mi situación mejoraba. Dirigíme hacia donde yacía el cochero; al principio creí que estaba muerto; pero cuando Tomás, respondiendo á mi grito de horror, le hubo movido, principió á gemir y maldecir con la mayor energía.

-Tratemos de ver si le metemos en el coche, dije; no ha muerto, pero parece estar muy malo.

El lacayo me miró y sólo pudo exclamar:

-¡Oh, señorita! ¡Oh, señorita!

-Dejemos eso ahora, dije con viveza. Vamos á subirle al coche.

Pero antes que nada metió la mano Tomás en los bolsillos del levitón del cochero y me alargó el saquito de algodón. Guardélo sin decir una palabra, y ambos, con mucha dificultad, izamos á Greg dentro del carruaje y le acomodamos lo mejor posible. Cuando aún no habíamos subido al coche, vi á la luz de la luna brillar el sudor en el lívido rostro del lacayo, y



- No estamos para bromas, dijo con un gruñido

entonces recordé que él también estaba magullado y dolorido.

-¿Se ha roto usted el brazo?, dije.

-Únicamente dislocado, señorita, contestó.

Luego mirándome por primera vez á la cara siguió diciendo:

—Nosotros dos debemos, sin duda alguna, ir á la cárcel. Pero si usted no tiene inconveniente en ir dentro del carruaje con él, yo la llevaré á usted á casa y luego le conduciré al hospital, y allí nos podrán prender.

—No, Tomás, le dije; no diré sino que hemos volcado. Por supuesto, tendrá usted que marcharse de casa, y todo lo que le pido es que en lo sucesivo se porte usted como hombre honrado.

El lacayo abrió la boca, que le temblaba, y la volvió á cerrar sin decir nada, hizo otro esfuerzo por hablar, apoyó la cabeza contra la caja del coche y rompió á llorar.

También lloré yo sin poderlo remediar. En medio de sus sollozos comenzó á contarme algo de juegos y de pérdidas. Perdió primero el dinero, la tranquilidad después, luego el honor, y vi con claridad que de todo tenían la culpa los malos consejos de Greg, cuya perversidad había sido la causa de lo sucedido, así como á su torpeza se había debido la catástrofe final. Puede que fuera el lacayo un pillo y yo una tonta, pero estoy cierta de que en aquel momento estaba arrepentido y yo le perdoné de corazón.

Pero bien pronto eché de ver que no podía guiar, y como era ya otra vez dueña de la situación, á pesar de sus protestas le hice meter dentro del coche junto á su compañero, y recogiendo las faldas de seda me encaminé al asiento del co-

chero. Felizmente conocía muy bien á los caballos, los más tragones y holgazanes que tuvo en su vida mi tía. Sin embargo, seguí guiando con cuidado y seriamente, hasta que cruzó por mi mente lo ridículo de mi situación, y reí y reí hasta que las lágrimas volvieron á correr por mis mejillas.

El portero nos estaba aguardando, y pronto puse fin á sus exclamaciones de asombro haciéndole ocupar mi puesto y ordenándole condujese á las *desgraciadas víctimas* al hospital más próximo. Diez minutos después comparecía en presencia de mis asombrados parientes, y aunque mi vestido estaba hecho una lástima, mis diamantes relucían y centelleaban con la brillantez de siempre.

Aconsejaronme los médicos un cambio de aires para curarme el catarro que aquella noche atrapé, y



Al principio creí que estaba muerto

cuando volví á casa de mi tía supe que Tomás se había ido de aquellas cercanías y el cocher de Inglaterra; éste tenía menos fe que aquél en la palabra de una mujer. Mi tía me ha echado en cara muchas veces mi egoísmo, que la obligó á desprenderse de dos tan buenos criados, y no ha podido nunca comprender por qué conservo en mi cómoda entre mis alhajas un saquito de algodón bastante sucio.

JESSIE POPE.

(Dibujos de Carlos Horrell.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ADMINISTRACIÓN DE ESTRADA CABRERA. — Curiosa y útil labor es la que ha llevado á cabo D. Felipe Estrada Paniagua con la publicación en un elegante volumen de los progresos alcanzados, durante un período relativamente breve, en la construcción de ferrocarriles, carreteras, puentes y en cuantos servicios precisa un estado moderno, que, como Guatemala, aspira á ocupar dignísimo lugar entre los pueblos cultos y amantes del progreso. El libro de que hacemos mérito es el resumen de una fructífera labor realizada, es el resultado de una gestión provechosa que honra al presidente de la República de Guatemala y al país que cuenta con energías y elementos para secundar la acción de sus inteligentes directores. El libro, que consta de 250 páginas, está ilustrado con varios grabados y ha sido impreso en la tipografía Nacional de Guatemala.

CONTABILIDAD COMERCIAL, por el Dr. D. J. Prats y Aymerich. — Tal es el título del nuevo Manual con que han enriquecido su ya importante colección los editores señores sucesores de Soler, que no dudamos ha de prestar un buen servicio, dada la reconocida competencia de su autor. La obra, aunque manual, es un tratado completo de contabilidad, en el que se estudian y resuelven cuestiones que hasta el presente sólo las hemos visto comprendidas en obras de gran extensión, habiéndose ajustado el autor á un plan rigurosamente científico, pero asequible para todos los que posean conocimientos de aritmética, resultando, por lo tanto, una obra de vulgarización. Véndese en todas las principales librerías.

¡AVANTE!, por el Conde de las Navas. — Un argumento interesante inspirado en una idea bellísima; una colección de tipos perfectamente observados y reproducidos; una serie de cuadros llenos de color local y hermosamente descritos, y un lenguaje castizo y elegante: tales son las cualidades que se admiran en esta novela de costumbres asturianas, en la que el espíritu de observación y el sentimiento aparecen fundidos, formando juntos una obra de un realismo encantador. ¡Avante!, editada en Madrid por D. José Manuel de la Cuesta, se vende á 2'50 pesetas.

RUIDOS, GRITOS Y VOCES ESPECIALES DE ALGUNOS ANIMALES, por R. Monner Sans. — Es este un folleto muy curioso y de verdadera utilidad para cuantos escriben y hablan en castellano: en él se encuentran las palabras con que en este idioma se expresan los gritos ó ruidos que producen los principales animales. Para mayor facilidad, están éstos ordenados alfabéticamente. Al final hay un vocabulario de todos los verbos con que el hombre puede traducir sus diversos estados anímicos. Impreso en Buenos Aires por Ivaldi y Checchi, se vende á 0'25 pesos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los médicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. — Todas Farmacias.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias,
Jaquica,
Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
650

Fresco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDESETTE

Reumáticos y Gotosos!
Tratado de curarlos con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritis,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.
PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra



ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

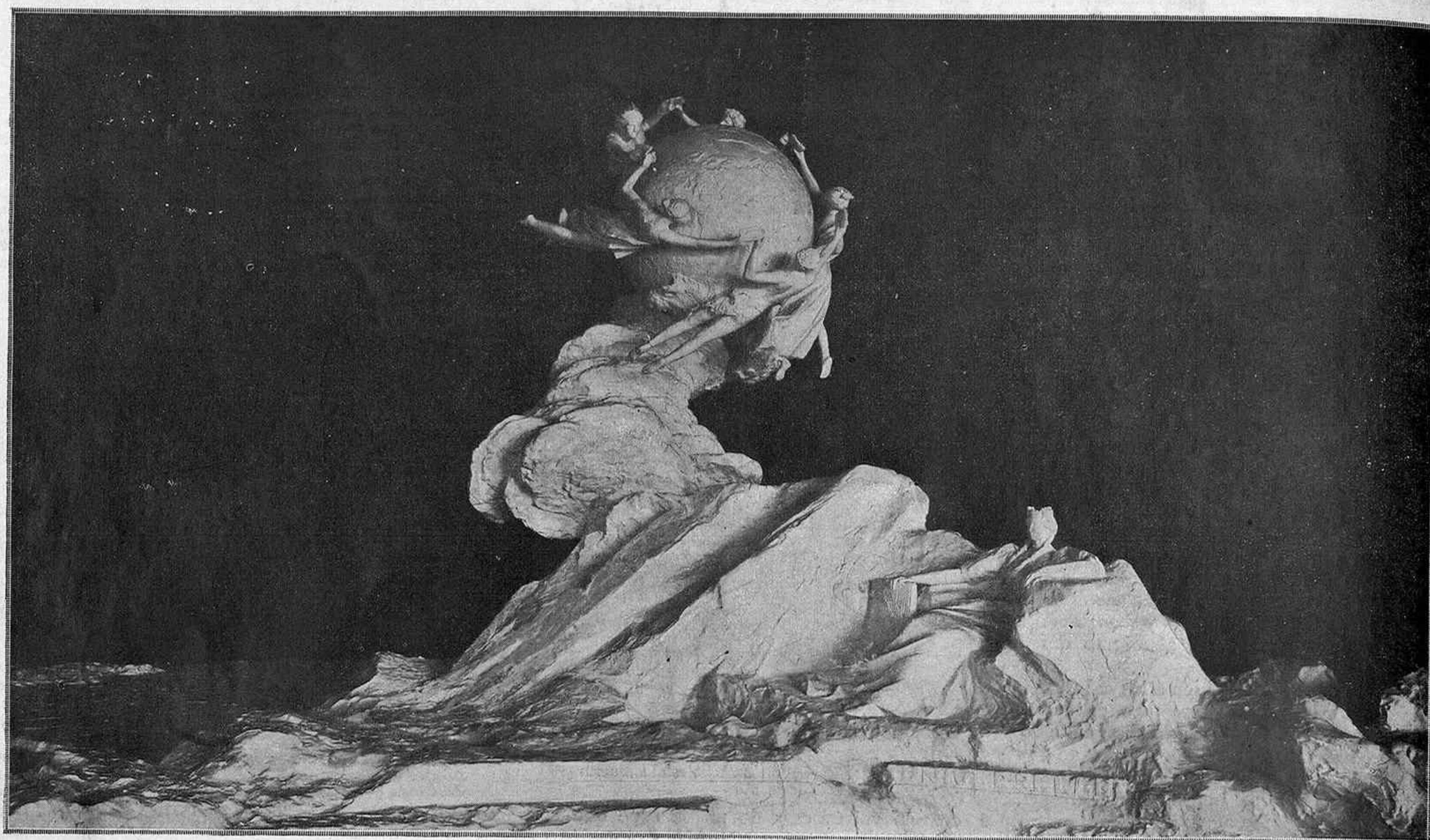
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Hemostáticos, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Monumento á la Unión Postal Universal que se ha de erigir en Berna, boceto de Renato Saint-Marceaux, que ha obtenido el primer premio en el concurso internacional recientemente celebrado en aquella ciudad

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



**AVISO Á
LAS SEÑORAS**
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES
DE
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON**
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 4, rue J.-J. Rousseau, París

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN